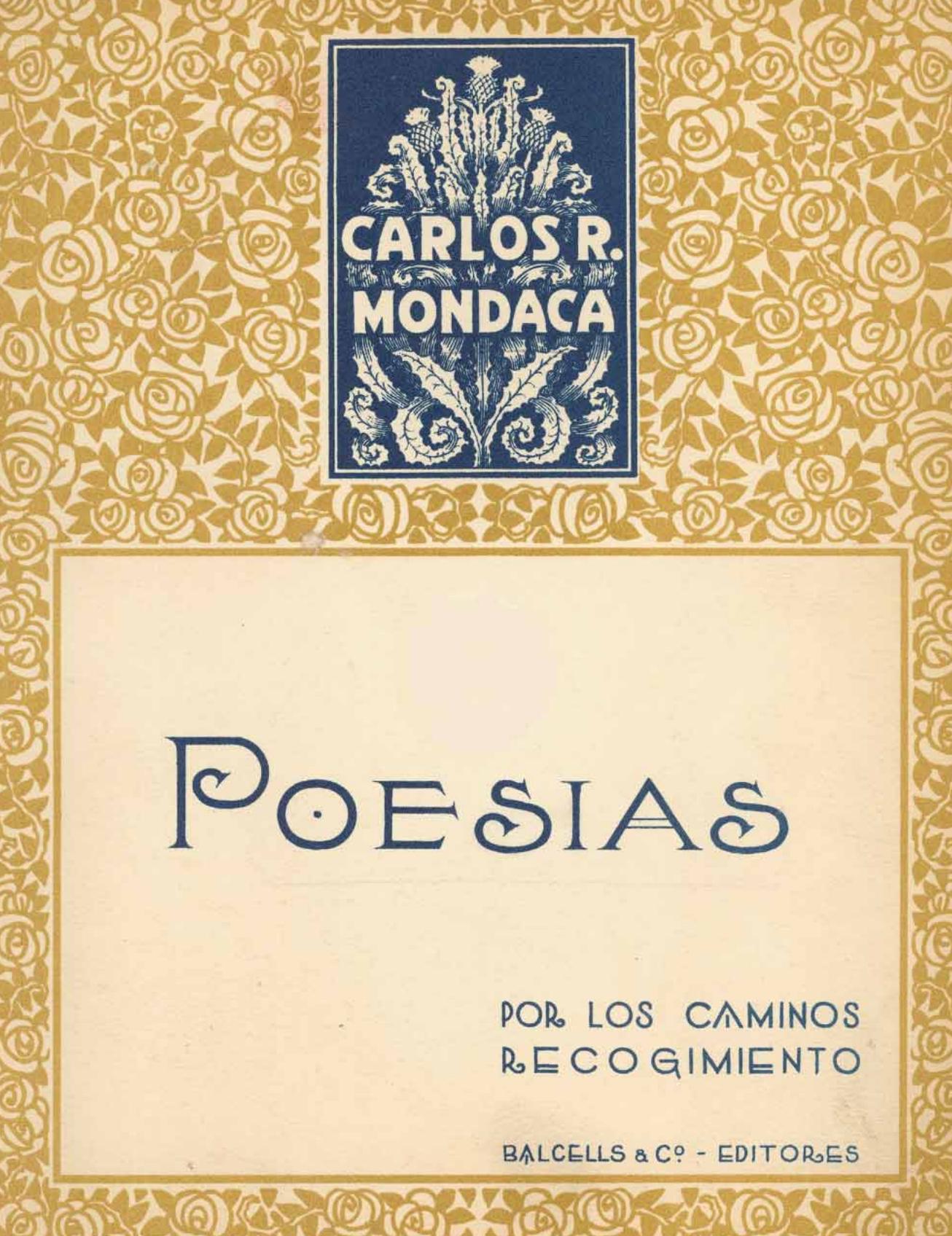




**CARLOS R.
MONDACA**

POESIAS

POR LOS CAMINOS
RECOGIMIENTO

BALCELLS & C^o - EDITORES

P R Ó L O G O
DE
M A X J A R A

I L U S T R A C I O N E S
DE
F I D E L I C I O A T R I A M.

4085-

ESTABLECIMIENTOS GRAFICOS
«BALCELLS & Co.»
SANTIAGO DE CHILE
1 9 3 1

A

CARLOS AUGUSTO MONDACA Y KIRKMAN

DEDICA ESTE LIBRO RESPETUOSAMENTE

SU PADRE.

I N D I C E

Dedicatoria.....	III
Prólogo.....	IX

LIBRO I

Por los Caminos.....	3
----------------------	---

VANOS ENSUEÑOS

Las Cantinas.....	9
La Muerte de D. Quijote.....	13
La Ciudad de la Lujuria.....	17
Oración.....	21
Divagación.....	23
Soledad.....	27

EL POEMA DE LAS CALLES

Mi Calle.....	31
El Centro.....	33
El Suburbio.....	37
• • •	41

I N D I C E

LIBRO II

Mi Alma.....	45
--------------	----

AMOROSAS

Anunciación.....	51
Visión.....	55
Revelación.....	57
Sus Ojos.....	61
Beso.....	63

LOS HUMILDES

El Sapo.....	69
Lejana.....	73
El Reloj.....	75
Los Recuerdos.....	77
Los Pianos Viejos.....	79
El Asno.....	81

OTOÑO

Amor.....	87
Evocación.....	89
Juventud.....	91

I N D I C E

LIBRO III

Dedicatoria.....	95
------------------	----

RECOGIMIENTO

Oración	97
Elegía	101
Cuando el Señor me llame.....	109
Las Letanías de la Buena Muerte.....	115

OFRECIMIENTOS

Invitación a la Amistad	119
Primavera.....	121
El Poeta y el Perro.....	127

INSTANTES

Aniversario.....	131
La Luna entre los Árboles.....	133
Esperanza	135
Mi Amor es todo Suavidad.....	137
Cansancio	139
Olvido.....	141
Desolación	143
Elegía Civil.....	145
La Maestra.....	147
Carlos R. Mondaca C. (póstuma).....	151

PRÓLOGO

Lo conocí en 1904 y bien pronto nos unió una amistad nunca desmentida.

De aquellos días de juventud, tal vez no transecurrió uno sin que me hablara de los suyos y de su tierra; por sobre todas las personas y cosas, de su madre, doña Virginia Cortés, quien había concentrado en su hijo la solicitud de una maternidad herida por la muerte temprana de dos hijas. Cuando años más tarde le fuí presentado, pude advertir que guardaba aún rasgos de una pretérita gracia morena. De fe vivísima, casi combativa, deleitaba su trato porque poseía un ingenio agudo y amaba la poesía. Esposa perfecta, madre apasionada, virtuosa mujer cristiana y católica, de voluntad sin desmayos y de rara inteligencia: tal la evocaba su hijo y tal la conocí.

Hacía contraste con su enérgica feminidad la figura del padre del poeta, don Juan José Mondaca. Suave de maneras, casi tímido, de escasas palabras, guardaba bajo apariencias de reservada cortesía, una emotividad exquisita; pero se le adivinaba deseoso de no llamar la atención.

En Vicuña, pueblo del valle del río Coquimbo, en donde el poeta nació el 29 de Noviembre de 1881, la familia vivía con holgura. Un golpe de mala fortuna en especulaciones mineras la hundió en la pobreza. El niño creció, pues, en medio de las privaciones del modesto hogar provinciano, de aspiraciones limitadas, de contadas alegrías; pero rico de paz interior y de cristiana conformidad.

Siete años contaba el hijo cuando los padres se trasladaron con él a La Serena, para atender a su educación en el Seminario de dicha ciudad. Hizo en él sus Humanidades, y ya en el 2.º año empezó a despertar su temperamento de literato que hasta el 6.º año guiaron sabiamente sus maestros, nutriéndolo de clasicismo: en 5.º año de Humanidades comenzó a saborear los clásicos latinos y aún tradujo en verso algunos trozos de Horacio, y durante las vacaciones, logró conseguir las llaves de la Biblioteca y devoró toda la colección de Rivadeneyra. Por lo demás, se deleitaba también con las obras de los románticos, singularmente Chateaubriand y Lamartine, y con cuanto libro de versos caía en sus manos.

Sufrió por ese entonces, en plena adolescencia, su primera crisis espiritual, que fué mística. Su fe innata, afiebrada por la necesidad imperiosa de amar propia de su edad, y avivada por el fervor de la vida del Seminario, lo hizo creerse llamado al sacerdocio. Después de un año de interno, vistiendo la sotana, perdió la vocación; no así la fe, sentimiento perdurable a través de todos sus días, que da a toda su producción poética un acento personalísimo.

A los 19 años el joven se trasladaba a Santiago. Estudiaría Leyes. Dejaba en su tierra a los padres y todo un pasado cuyo recuerdo, teñido de suave tristeza, había de seguirle por muchos años. Los estudiantes provincianos han sufrido todos

ese dulce mal de la tierra natal, del que apenas se sana con el lento variar del tiempo. Escaso de recursos y de relaciones, vivió durante dos o tres años casi completamente aislado en la capital, cuya vida tumultuosa destemplaba sus nervios de estudioso. No descuidaba por su carrera las bellas letras; y como aquella era larga y el dinero no abundaba, decidió un buen día seguir la del profesorado de Castellano. Tiempo habría después para continuar con las Leyes.

Por esos días le conocí: pequeño, la tez cetrina, renegrido y levemente rizado el cabello, la frente alta, la nariz respingada, delgados los labios, los ojos negros y de suave mirar, en la mano fina y morena el eterno cigarrillo; el conjunto daba una simpática impresión de fealdad inteligente. Ya trabajaba en la Universidad, adonde lo llevara el poeta don Samuel Lillo, de inagotable benevolencia para todos los literatos principiantes de ayer y de hoy. Vivía en la calle de Chiloé; de casas bajas, techos de tejas, sombreados por altas y frondosas encinas y leve musgo entré las piedras del pavimento, era toda una buena y vieja calle de provincia. «Sus casas blancas tienen un aire de pureza,—un aire humilde y bueno que reconforta y pesa—tan blandamente... Y en estas calles buenas,—maternalmente buenas, ni recuerdo que hay penas—y cuando en las entrañas traigo el horror del Centro,—parece que estas calles me salen al encuentro!...».

Hicimos muchas veces juntos el camino, desde el Centro, cuya visión le era dolorosa por su misma intensidad. «Aquí, cuando la noche ya se escombra,—guarda el negro tesoro de su sombra.— Y en cada corazón y en cada vida—la fiera de la noche halla guarida.— Por aquí van en triunfo las mujeres—como una procesión rumbo a Citeres...— Y los hombres en pos, torvos, ceñudos,—la caravana de los pies desnudos.— Por aquí sin

estrella y sobre el lodo,—vamos todos llorando el largo exodo,— con sed de azul, con hambre de infinito,—en este foso lóbrego y maldito».

Para templar la acritud casi trágica de sus impresiones de Santiago, Mondaca me hablaba de su tierra. Conservaba vívida la visión de la naturaleza del Norte, de su paisaje intenso y pobre a la vez, con sus cerros amarillentos y azulencos, la tierra negruzca que el hilo del río borda de verdes en el estrecho valle; la ciudad, rebaño de casas dormidas alrededor de las torres de los templos, bajo el Sol reverberante. Y olvidando el deslumbramiento doloroso de la ciudad, («Atrajo la ciudad mi tardo paso,—bajo el dolor sangriento del ocaso.— Entonces se abrazaron mis arterias—y me helaron los huesos sus miserias.— Y en el cielo, en la tierra, en cada cosa,—sentí la fiebre de una sed rabiosa;— Y una llama violenta en las entrañas—de las mujeres, al amor extrañas.— Florecían sus senos como rosas,—de sutiles esencias venenosas,— E hinchábanse en estéril primavera,—como frutos maduros sus caderas.— El deseo en sus carnes opulentas,— como una garra de pantera hambrienta,...»), se complacía en evocar la belleza suave y penetrante de las fiestas religiosas a que era fiel asistente y cuya pompa y solemnidad despertaran en su ánimo los primeros deslumbramientos de la belleza. Así una noche del Mes de María: la vasta nave en que se apretujaban los fieles ante el altar refulgente; las trémulas voces de los coros, el olor del incienso oscuro mezclado al de los seres humanos, las figuras unánimes de los oficiantes, y por una puerta lateral baja, entrabierta sobre el claustro, a la que asomaba un grupo extático de doncellas y como si emanara de ellas mismas, a bocanadas, el hálito denso de la cortina de una gran enredadera de jazmines, cuajada hasta el suelo de flores más que de hojas. ¿Cómo dar la emoción de aquel instante? El esperaba revelarnos la forma

adecuada, el acento preciso con qué expresar la inexpresable emoción; él lo buscaría y lo encontraría; si era necesario, lo crearía. Sí; lo crearía... Pero nunca lo hizo.

En espera de ese día, debíamos prepararnos a visitar aquellas tierras benditas de Vicuña y de La Serena. Iríamos a extasiarnos ante aquel paisaje intenso y pobre, a la vez, con sus cerros amarillos y azulencos, con la tierra negruzca que el hilo de agua borda con todos los verdes, en el valle estrecho, bajo el Sol reverberante; sestearíamos a la sombra de los chirimoyos y de los naranjos; admiraríamos en los patios coloniales las flores de tonos crudos y de aromas enervantes y a las mujeres apasionadas y fieles, más graciosas que las mismas flores... Y pasaron quince años sin que volviera a su tierra.

¿Podía desentenderse de la realidad? Siguieron dos años más de esfuerzo disciplinado y paciente; casi sin distracciones; pero no faltaba un amigo que cada tarde, a la hora de retirarse de la oficina, se asomara al patio verde y sombrío de la vieja Casa Universitaria. Durante las vacaciones, una visita de la buena madre consolaba al desterrado por breves días. Tal vez fué aquél el período más intenso del escritor. No sin vacilaciones encontró su camino. Escribió para el teatro; «La Ilustración», «Luz y Sombra» e «Instantáneas de Luz y Sombra», revistas literarias de la época, acogieron algunas de sus tentativas poéticas. Intentó la prosa con algunos ensayos que creo no alcanzaron publicidad; más aún, tuvo veleidades de crítico. En 1905 componía su primer poema de aliento, «La Lluvia» cuya lectura mereció éxito ante el público del Ateneo. Alentado por sus amigos, no debía ya abandonar la poesía.

Llegó, por fin, el título de Profesor; pero fué menester esperar, aún, el nombramiento.

La renta del novel Profesor era escasa; unida a la del em-

pleo universitario bastaba apenas para mantenerse: tenía a sus padres consigo y además había que vivir; es decir, leer. Era preciso adquirir textos; e inmediatamente de adquirirlos, rubricarlos con la firma, fecha y precio de costo. ¿Para qué esta última cifra? Nunca merecí saber la razón de tan singular contabilidad. Ni él tampoco.

Entretanto, se aproximaba el acontecimiento decisivo de la existencia del poeta. En 1906 conoció a la niña que había de ser su esposa, y desde aquel instante, toda su vida se orientó hacia ella. La intensidad del sentimiento que ella le inspirara y al que sólo la muerte pudo poner término, apagó o debilitó todos los otros. La poesía misma no murió en él, ahogada por el amor, porque identificó su culto con el de ella. En adelante, todas sus energías se gastaron en crear, primero, la situación necesaria para su matrimonio, y en robustecer y mejorar esa situación después. No le fué dado elegir: continuó en la Universidad y en el profesorado, útil y obscuro.

*

* *

Su primer libro «Por los Caminos», apareció en Septiembre de 1910 y es el fruto de una labor de cuatro años. Por desigual que parezca su lectura, ya que el autor dió cabida en esta obra, con debilidad de padre, a varios trozos de sus comienzos, el conjunto deja la impresión de un gran vigor poético. Desde la primera poesía, titulada también «Por los Caminos» advertimos que el escritor comprende y siente la vida como un dolor. Va

«Por sendas que no alegran azucenas ni nardos,—como un rey consagrado con corona de cardos». Al propio dolor se une el dolor del mundo: «Y sangrarán mis plantas una huella muy larga,—y la verán mis ojos con alegría amarga.— Y será como un río, como un río fecundo,—donde se purifique todo el dolor del mundo». La contemplación de los seres no lo distrae de su angustiosa obsesión: «Mira los campos, mira la vida hecha verdor,—más dura y más intensa donde hubo más sudor.— Mira los campesinos, vuelta la espalda al cielo,—sobre la tierra en una larga actitud de duelo.... —Y al buey que lleva el peso del yugo en el testuz,—duro como el oprobio glorioso de la Cruz». Como un feliz contraste advierte la poesía de la Naturaleza: «Y los pájaros locos que desprecian el suelo,—y al tocarlo en su vuelo, le dan algo del cielo.— Mensajero del polen, creadores del trino,—alegres y ligeros como un sorbo de vino». La fuente, el río, la montaña, y los «Altos álamos, tensos como un brazo hacia el cielo,—que orando por la tierra, le dan sombra y consuelo.— Álamos, faros, cruces, amor del peregrino:—oración de la tierra y gracia del camino!».

Me he detenido en esta poesía, la última de su primer libro que el poeta escribiera, a modo de pórtico de su obra, porque en ella se expresa, más preciso que en otras, un concepto de él y del mundo. En muy contados poemas—«Divagación», «Mi Calle», «Anunciación»— se dulcifican la amargura, el cansancio, el tedio de que adolecía su ánimo. No se trata, seguramente, de una ficción poética exagerada, o bien de una actitud, sino de un estado real. Cuando escribe: «Porque es nuestro verdugo mortal el pensamiento!— ¡Porque tiene caricias de garra el sentimiento!— La vida está preñada del dolor: y por eso—nos hieren nuestras madres con su leche y su beso!», sería injusto dudar de su sinceridad. Habría que buscar en la enfermedad que ter-

minó por consumirlo y que, muy posiblemente, desde niño se incubaba en él, la causa recóndita de la exacerbación febril de una emotividad ya educada morbosamente. Bálsamo purificador del alma debió ser para él la fe. Ni el amor, que tan esquisitamente cantara, alcanza el tono patético de sus desesperados llamamientos a la misericordia divina.

«Viento de tormenta nos lleva al abismo.— Con ansias de vida vamos a morir.— Somos los verdugos de nosotros mismos.— Miranos muriendo, Torre de marfil.— Por tus alegrías y por tus dolores,—por toda la sangre que vertió Jesús,—purifica el alma de nuestros amores,—la que tú nos diste, bañada de luz!....». («Oración a la Virgen»).

«Cuándo será, Señor, cuándo tus ojos—dejarán de mirarnos con enojos!—... No arderá nunca la sagrada hoguera—que en nuestra carne haga morir la fiera!— Hasta cuándo, Señor, has de tenernos,—frente a frente mirándonos sin vernos!». («El Centro»).

Su *Yo* era creyente y en las estrofas que dicen su fe alterna el alarido suplicante del pecador arrepentido y la melodía ingenua de las oraciones que, cuando niño, su madre le enseñara a rezar, de rodillas.

Hay en «Por los Caminos» un poema «Mi alma»; lectura deleitable y de difícil comprensión. «He cerrado mi huerto con un cerco de espinos—sangrientos...». El paisaje todo es una alegoría en la que nos extraviarnos a menudo, como si marcháramos en sueños: un jardín de flores raras y venenosas bajo viejos árboles sin nidos; en el más escondido rincón, canta la fuente; «Tiene un claror de estrella —Y el olor de los lirios que se miran en ella—». Y al rumor de su curso se ve pasar en la corriente «el cadáver de Ofelia y el del príncipe loco—que se fué estrangulando el alma poco a poco...».

*

* *

A la alegría del primer hijo, sucedió el dolor de la muerte de la anciana madre, en una fría noche de Junio de 1912; tan fría que Santiago amaneció bajo un espeso manto de nieve. Aquella siniestra hora terminó de ensombrecer el ánimo del poeta; pero aún las personas que a diario lo trataban difícilmente lo hubieran advertido. Guardaba su dolorida intimidad con celoso pudor y en sus más agudas crisis espirituales o físicas podía apenas advertirse en él la melancolía de una viril resignación.

Pasaban los años al amparo del amor exclusivo de los suyos. Amigos fieles: Amanda y Guillermo Labarca, Edgardo Garrido, Rafael Maluenda, Roberto Orihuela, Arturo Labarca; en ocasiones, Valentín Brandau, Armando Donoso, Eduardo Barrios, y tantos otros menos asiduos pero no menos estimados, se reunían periódicamente en la casa de la Avenida Manuel Montt. La acogida era afable; el trato cordialísimo y siempre igual; las ~~atenciones, finas, la conversación amena cuando no interesante.~~ Toda omisión o intemperancia las hacía olvidar su exquisito tino. No gustaba Carlos de las discusiones; literarias o nó; pero tampoco las rehuía. Sabía sí conducir las sin acritud de juicio ni aspereza de modo; con la modestia y sobriedad propias del criterio maduro e ilustrado; siempre oportuno, nunca indiscreto.

Entusiasta de la inteligencia, la aplaudía sin reservas allí donde la viera; le atraía toda originalidad y toda pedantería le era particularmente odiosa. Aborrecía las frases hechas, las mentiras convencionales, todo cuanto sirve al hombre habilidoso para disimular el fondo a menudo oscuro de su carácter. Pronto a reconocer y rectificar los errores propios, perdonaba con alegría

los ajenos. Su trato íntimo atraía por una suave sencillez de buen gusto de que poseía el secreto. Sobrio de palabra, gustaba de bromear a propósito de todo y con todos.

Aparte de las relaciones ya mencionadas, que pudieran llamarse intelectuales, alternaba con escasas personas: dos o tres familias de toda intimidad o parentesco. Contribuía a su alejamiento, la labor, cada año más absorbente de la Universidad. Bajo el rectorado de don Domingo Amunátegui Solar, pasó Mondaca a ocupar, al fin, el puesto debido a sus merecimientos, y estará de más recordar que su elevación no alteró la modestia de su vivir. Su única vanidad—y tan justificada—fué la de ser poeta.

Lo es y grande, a mi parecer, en el segundo libro, «Recogimiento», publicado once años después de «Por los Caminos», a comienzos de 1921. En esta segunda obra el poeta confirma su personalidad. Su visión no ha cambiado; pero se ha enriquecido; su tono perdió el énfasis ingenuo, la estridencia de los días juveniles; se ha tornado suave, sutil y, por lo mismo, es más penetrante. Los motivos poéticos que lo exaltan hasta la angustia son los familiares: la madre, la esposa, los hijos y sus figuras se ven siempre asociadas, de cerca o de lejos, precisa o vagamente, con la idea de la muerte. En todos los demás temas, la emoción es serena; la expresión sugerente; diríase una melodía en sordina.

*
* *

No estuve a su lado en sus últimos años. Nos veíamos, sí, con relativa frecuencia y en algunas contadas ocasiones nos sorpren-

dió la alta noche rumiando recuerdos. Lo seguía de cerca por intermedio de amigos comunes, temeroso de una agravación súbita de su estado, que hacía temer por momentos, una caída fatal. Lo visité en el Instituto en plena crisis de su dolencia. El esfuerzo de cuarenta años había resecado sus miembros; aflojado sus músculos, desdibujado sus rasgos. Qué total agotamiento denunciaban la frente rugosa, los ojos lejanos y amarillentos, la boca desengañada y los carrillos demacrados; y en la curvada espalda y en las manos enflaquecidas y temblorosas, qué absoluto renunciamiento del mundo se presentía.

Por última vez lo saludé en la Alameda. Venía de una audiencia ministerial en la que se le había hecho el ofrecimiento de no se qué alto cargo. Demasiado tarde. Lo único que ahora deseaba era no pensar; no pensar...

En el poema «Cuando el Señor me llame», del libro «Recogimiento», Mondaca, complaciéndose en su propio dolor, describe sus últimos instantes. Hay también dolores físicos que se atenúan con el cauterio. «Saborea la última tregua de la muerte» en una clara mañana de Abril. Los suyos le rodean. Junto con el día, se irá él, plácidamente; se irá «perdiendo en un ensueño crepuscular, del que nadie entre los vivos me podrá despertar. Me llamará la tierra con ansias maternas; y como yo he querido, sobre todos mis males, ser fiel hasta la muerte, ser obediente y bueno, me dormiré por fin, como un niño en su seno».

No fué apacible su muerte; pero a su lado, hasta el postrer momento, veló su esposa, aquella de quien se despedía: «Sola entre todas las mujeres, fuiste la única en saber la tristeza de mis placeres y el goce de mi padecer».

MAX JARA.

POR LOS CAMINOS



POR LOS CAMINOS



AJO un mundo de ensueños abrumados los hombros,
por todos los caminos, de un asombro a otro asombro.

Por sendas que no alegran azucenas ni nardos,
como un rey consagrado con corona de cardos.

Y sangrarán mis plantas una huella muy larga,
y la verán mis ojos con alegría amarga.

Y será como un río, como un río fecundo,
donde se purifique todo el dolor del mundo.

Gris, fatigosa, eterna, como la vida, sube
la senda, hasta fundirse con la cima y la nube.

—Envueltos en la inmensa claridad deslumbrante,
mas allá del cansancio y el dolor, adelante!

Plenos de la infinita vida que nos circunda,
recogidos y graves como una mar profunda.—

Mira los campos, mira su vida hecha verdor,
más dura y más intensa donde hubo más sudor.

Mira los campesinos, vuelta la espalda al cielo,
sobre la tierra en una larga actitud de duelo. . .

—Tierra-Madre que nunca se cansa en sus amores
de parir alegrías y amamantar dolores...—

Y al buey, que lleva el peso del yugo en el testuz,
duro como el oprobio glorioso de la cruz;

Tardo, lento, indeciso, porque nadie lo espera;
muerto para la inmensa voz de la primavera. . .

Mira por los caminos los asnos cenicientos,
las orejas tendidas hacia los cuatro vientos.

Míralos cómo pasan con andar peregrino,
bajo un cielo de ensueño, por el largo camino.

Y los pájaros locos, que desprecian el suelo,
y al tocarlo en su vuelo, le dan algo dël cielo.

Mensajeros del polen, creadores del trino,
alegres y ligeros como un sorbo de vino.

Y la fuente que piensa, y el arroyo que canta,
como lima en la roca, como beso en la planta...

Mira el río que trae resplandores de lumbre,
candor de ventisquero, y amor de sol y cumbre.

—Ansia de la montaña que hasta el mar se dilata;
amor inmaculado, con alburas de plata.—

Alamos que se yerguen en un éxtasis santo,
donde las brisas quiebran el cristal de su canto.

Altos álamos, tensos como un brazo hacia el cielo,
que orando por la tierra, le dan sombra y consuelo.

Alamos, faros, cruces, amor del peregrino:
oración de la tierra y gracia del camino!

*
* *

Amada, ves?... Se atrista la campiña silente,
el río se hace turbio y el camino doliente.

Los árboles se tuercen, agoniza la fuente,
y se alejan las aves desesperadamente.

Y entre la niebla trémula de la ciudad lejana,
como un grito de angustia la voz de la campana. . .
.....

¡Mujer amada, juntos! A vencer el destino!
La esfinge nos espera, sentada en el camino;

Hay voces que nos gritan desde la sombra inerte;
pero nosotros somos más fuertes que la muerte!. . .



VANOS ENSUEÑOS



LAS CANTINAS



Elas causan las cantinas una extraña impresión.
Pesan enormemente sobre mi corazón.

Yo no sé lo que siento.—Atracción; repugnancia.—
No lo sé; pero siento que se llena de un ansia
grande mi corazón.

—Yo vine a la cantina,
como han venido todos: porque una voz divina,
como una mar profunda, promete paz y olvido!

Yo tengo el alma triste porque me la han herido;
los ojos, dolorosos y oscuros, porque en ellos
se han reflejado todos los lívidos destellos
de la Ciudad.—Soy triste porque aquel viento amable,
que surgió del Oriente, me bañó en su incurable
tristeza, y desde entonces no supe amar la Vida!—

Y porque está la Vida despreciada y herida,
 porque nosotros todos, los hijos de la tierra,
 como hijos descastados, nos alzamos en guerra:
 por eso la alegría se sumergió en su ocaso,
 y en ansia la buscamos en el fondo del vaso!

Porque es nuestro verdugo mortal el pensamiento!
 Porque tiene caricias de garra el sentimiento!
 La vida está preñada del dolor: y por eso
 nos hieren nuestras madres son su leche y su beso!
 Llevamos el estigma de hielo en las arterias,
 y en nuestra pobre carne se encarnan las miserias
 de cien generaciones!

Por eso a la cantina
 vamos buscando el fuego remoto en la divina
 sangre de la vid; vamos buscando la energía
 para ahogar la hidra de la melancolía!

Porque el hogar es triste, y en el hogar hay frío!
 Porque anidó en las almas el reptil del hastío!
 Y porque en la conquista del pan hemos vertido
 lo mejor de nosotros: por eso hemos venido! . . .

*
 * *

Ya sé que en esos ojos, donde una llama brilla,
 pondrá después su hielo de muerte la cuchilla;
 pero sé que en la espuma que tiembla sobre el vaso
 flota una augusta célula, y están en ella acaso
 los gérmenes de un alma que brotará de un beso!

¿A qué venís a hablarme de crímenes y excesos?
¿A qué venís a hablarme de muertes y dolores,
si yo sé que, lo mismo que en la lluvia las flores,
en esa copa latén el héroe y el bandido?

¿A qué venís a hablarme de echarlas al olvido,
si son la nota blanca que alegra nuestro luto?
¿A que atacáis el fruto,
si no arrancáis el árbol?

¡Haced la vida buena!

*

* * *

Y pueda ser que un día se rompa la cadena...
Se anunciará en oriente su claridad difusa;
será una luz muy blanca, blanca como una musa.
Y cuando al fin estalle con explosión de aurora,
y el sol germine nuevas vidas sobre el planeta,
ya no darán su sombra los árboles de ahora! . . .

Y en el fondo del vaso lo contempló el poeta. . .





LA MUERTE DE D. QUIJOTE

A ENRIQUE ÁLVAREZ A.

S

E moría el heroico caballero;
le abrasaba la fiebre las entrañas:
volcán en que fundieran las montañas
la vida secular del ventisquero.

Rocinante soñaba con los viajes,
cuando al claror del sol o las estrellas,
fulguraba la gloria de sus huellas,
bajo la santidad de los ultrajes.

Y Rucio era feliz... Tranquilo y grave,
bajo el inmenso dombo de los cielos,
pacía sin visiones, sin anhelos,
como el que todo ha visto y todo sabe...

Todos eran felices... Solamente,
Don Quijote en su cruel melancolía,
más implacable cada vez sentía
la corona de angustia de su frente.

*
* *

.....
Y vió las grandes aspas del molino,
estremecidas en su alegre giro,
bajo un gran viento, como un gran suspiro,
por todas las crueldades del destino.

Sintió todo el dolor de las pedradas,
que lloviera sobre él el galeote,
el infame librado del garrote
con esfuerzos del alma y de la espada.

Y anegado en un piélago de pena,
comprendió que hasta Sancho lo engañaba,
que hasta esa alma sencilla era una esclava
de la humana maldad en la cadena.

Y entonces solamente brotó un largo
arroyo de sus ojos ya vidriosos,
un infinito llanto silencioso,
cuanto más silencioso más amargo.

Y al frío de la alcoba solitaria,
en el tedio infinito de sus horas,
ante la santa imagen seductora
arrodilló la mente visionaria.

Y en el silencio augusto de la noche,
vió sus dos ojos, como dos estrellas
y oyó la dulce voz de la doncella

con las melancolías del reproche.

Y fué un licor celeste su amargura,
y se olvidaron todos sus agravios;
y una santa sonrisa entre los labios,
entregó el Caballero su alma pura.

*

* *

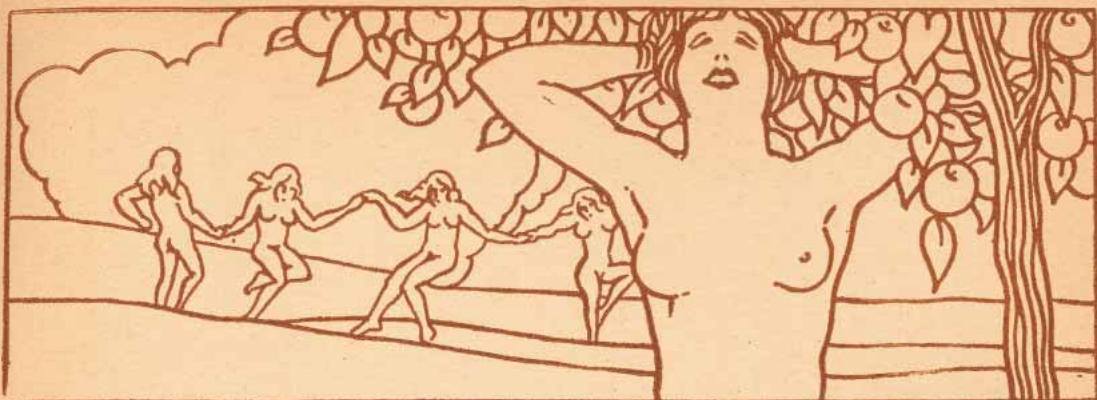
Pero no... Tú no has muerto, ¡oh Don Quijote!
Tú no puedes morir!... Es necesario
que otra vez ensangrientes tu calvario,
que otra vez te apedree el galeote.

Tú no puedes morir!... Ciñe tu espada,
cabalga el Rocinante de tu idea;
y otra vez a luchar por Dulcinea,
de cobardes y viles ultrajada.

Vuelve otra vez al mundo, ¡Caballero!
Llénanos con tu espíritu las almas,
y haz perecer las miserables calmas,
al homérico golpe de tu acero.

Dale a mi corazón tu santo ensueño,
tu infinita pasión, tu fe creadora,
tu sublime locura redentora...
¡Oh Don Quijote, venga a nos tu reino!





LA CIUDAD DE LA LUJURIA

(FRAGMENTO)



ESDE lejos la ví, como si ardiera
la Gran Ciudad en una inmensa hoguera.

Y oí tronar entre el incendio un canto,
que estremeció mi corazón de espanto,

que agudo y loco, en espantoso grito,
llenaba con sus ansias lo infinito;

y agonizaba el lúgubre alarido,
como el alullido de un león herido.

Atrajo la Ciudad mi tarde paso,
bajo el dolor sangriento del ocaso.

Entonces se abrasaron mis arterias
y me helaron los huesos sus miserias.

Y en el cielo, en la tierra, en toda cosa,
sentí la fiebre de una sed rabiosa ;

Y una llama violenta en las entrañas
de las mujeres al amor extrañas.

Florecían sus senos como rosas,
de sutiles esencias venenosas,

E hinchábanse en estéril primavera,
como frutos maduros sus caderas.

El deseo en sus carnes opulentas,
como una garra de pantera hambrienta,

Yo las ví retorcerse como furias
bajo el beso mortal de la lujuria;

Y abrasadas de un vértigo implacable,
morir en un espasmo inacabable!...





ORACION



A LA VIRGEN

YE nuestro ruego, Madre y Soberana,
míranos con ojos llenos de piedad,
calma los dolores de esta caravana
y alivia la angustia de la Humanidad.

Míranos perdidos en la selva oscura,
sin saber de dónde, ni a dónde llegar,
muertos de cansancio, locos de amargura,
solos y perdidos ¡Estrella del mar!

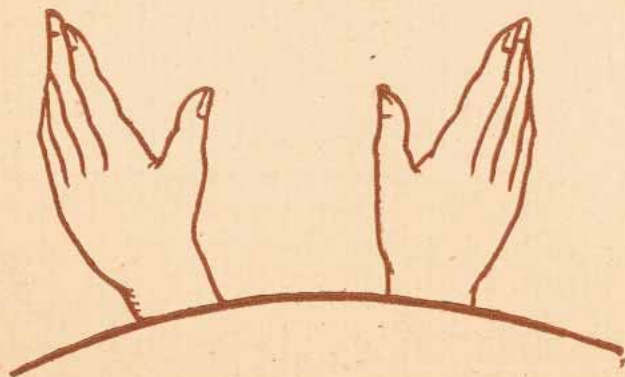
Malos enemigos nos envenenaron;
las almas no tienen pureza ni amor;
nuestras esperanzas en polvo rodaron...
¡Ruega por nosotros, Madre del Señor!

La torva lujuria nos besó la boca,
y dejó en el alma su soplo glacial:
tenemos la fiebre que abrasa la roca,
morimos de frío... ¡Vaso espiritual!

Viento de tormenta nos lleva al abismo.
Con ansias de vida vamos a morir.
Somos los verdugos de nosotros mismos.
¡Míranos muriendo, Torre de marfil!

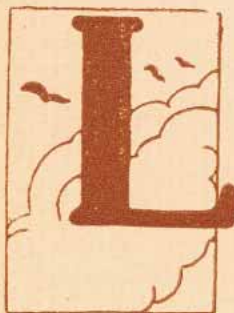
¡Por tus alegrías y por tus dolores,
por toda la sangre que vertió Jesús,
purifica el alma de nuestros amores,
la que tú nos diste bañada de luz!...

Ruega por tus hijos, pobres y mezquinos,
enfermos, Señora, del mal de vivir...
Y pues no supimos andar el camino,
enséñanos cómo se debe morir!...





DIVAGACIÓN



AS nubes, como blancas mensajeras,
pasan flotando en el azul lejano...

—Pupila inmóvil y honda, las ve el lago,
con la mirada intensa y amorosa
del padre, que en silencio contemplara
los juegos de sus hijos.—

Van pasando,
blancas, grises o rojas, portadoras
de un mensaje de amor, a deshacerse
como lágrimas diáfanas, como albo
plumaje de palomas, en la cumbre.
La cumbre solitaria, la atrevida,
como frente que niega, que se yergue,
reto interrogador de lo infinito,

se envuelve en la caricia de la nube,
y se hace blanca y suave, como el alma
de un niño; y como un alma, aquel mensaje,
lleno de amor, del mar y de los lagos
devuelve en el candor del ventisquero
y en la canción del río...

¡Y se encadenan,
en un abrazo eterno, la montaña,
la pradera y el mar!

¡Almas de sombra,
que váis, ciegas o sordas, por la vida,
girones errabundos de una noche
sin alba, abrid los ojos, y que tengan
su aurora al fin! Abridlos! y que copien
la infinitud de la naturaleza!...

Yo he escuchado temblando el formidable
Verbo que habla amor, Verbo que canta,
como un salmo a la Vida, en el afable
rumor de la corriente y en la loca
lengua de la cascada.

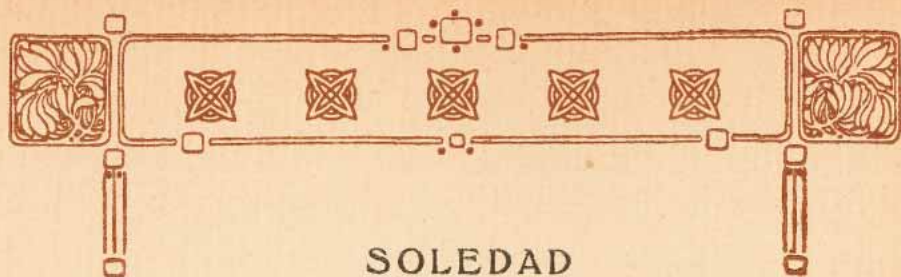
Yo he mirado,
con alma temblorosa, los milagros
del alma de las cosas, y la santa
Unidad, que del átomo y del monte,
de la espuma y del fango, de los cielos,

la pupila y el alma, que de todo
hace una sola nota en el concierto
de la armonía universal.

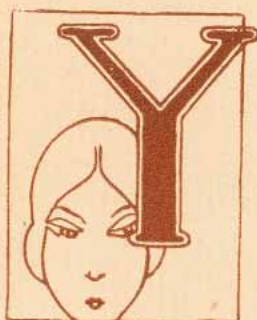
Mi alma
sabe también el evangelio eterno
que las nubes anuncian desde lo alto,
la suprema verdad:

¡Sed como el agua!
Sed como el agua! Que se vea el fondo
de vuestro pensamiento; que se pierda,
fecundo, en las entrañas de la tierra;
como vapor de incienso, que flamee
sobre cumbres que nunca holló la planta;
que pase acariciando la pradera,
como girón del cielo; y vaya siempre,
mordido por las rocas o besado
por las flores, cantándole a la Vida;
y al fin, amplio y grandioso como un río,
se hunda en la inmensidad...





SOLEDAD



O no sé dónde fué a morir mi acento:
tembló un instante y se perdió en el viento...
Y pasó por tu espíritu, lo mismo
que una estrella sin luz por el abismo.

Yo no sé dónde fué a expirar tu acento:
flotó como un perfume sobre el viento,
llegó como una música a mi oído...
¡Pero mi corazón siguió dormido!...

¿Para qué hablar?... Sigamos el camino,
¡mudos hasta morir!... ¡Es el destino!...

Ayer te ví llorar... Por tu mejilla bruna,
las lágrimas caían en gotas, una a una...
El cielo estaba claro, la tarde era tranquila,
y era como si fuera de noche en tu pupila.—

Y yo no sabré nunca la causa de tu pena!
Tal vez era tu espíritu como una ánfora plena,
tal vez te dió la muerte su beso largo y frío,
o te envolvió en sus alas viscosas el hastío.

Tu frente está sellada, cerrada como un huerto.
Mi grito es el estéril clamor en el desierto.
Las almas están lejos, perdidas y calladas.
Estamos solos... ¡Solos!... Jamás sabremos nada!...



EL POEMA DE LAS CALLES

A MAX JARA

POETA

EN TESTIMONIO DE MI ADMIRACIÓN



MI CALLE

ESTAS calles amables tienen un gesto amigo.
 Mi calle me conoce. Cuando vuelvo a su abrigo,
 los árboles se mueven con largos movimientos
 pausados, y las hojas, donde suspira el viento
 su oración musical, dormidas bajo el rayo
 del sol, me dan sus sombras en un lento desmayo.

Sus casas blancas tienen un aire de pureza,
 un aire humilde y bueno, que reconforta y pesa
 tan blandamente... Calles con aire provinciano,
 tranquilas, silenciosas...

Como de un mar lejano,
 la voz atormentada de la ciudad.—La vida
 fluye, corre y se pierde, sin rumor; recogida
 como en meditación.

Aquí se aquieta el ansia,
 y una mano de seda, bañada de fragancia,
 resbala adormeciendo los nervios, largamente...

Estas calles amables!... Bajo su sombra, siente mi espíritu una inmensa quietud. En sus ventanas, la luz tiembla con algo de una mirada humana; y sus puertas humildes se abren tan cariñosas, como si se animaran, y hasta se tornan rosas las espinas que hieren.

Y en estas calles buenas, maternalmente buenas, ni recuerdo que hay penas: y cuando en las entrañas traigo el horror del Centro, parece que estas calles me salen al encuentro!...

En su iglesia más pobre que una ermita aldeana, he vuelto a ver el rostro de la Fe, tan lejana, y en la voz temblorosa de la vieja campana, la mística plegaria de mi edad más temprana. Aletea un instante la oración de la esquila, y cae en el silencio de la tarde tranquila.

Se oyen voces de niños, la tristeza de un piano, el temblor de las hojas y un rumor muy lejano.

Ha venido la noche y ha encendido la gracia de sus ojos de estrellas.

Tremulan las acacias sus incensarios blancos.—Todo el aire está lleno de perfume y de paz.

En el fondo sereno de los muros, anuncian, las ventanas, la santa comunión del hogar.

Y la calle me encanta con sus tímidas luces, con sus sombras amables, sus árboles fragantes y su amor inefable...



EL CENTRO



QUI, cuando la noche ya se escombra,
guarda el negro tesoro de su sombra.

Y en cada corazón y en cada vida
la fiera de la noche halla guarida.

Por aquí van en triunfo las mujeres,
como una procesión rumbo a Citeres,

bajo la apoteosis de la lumbre
que aniquila las selvas y las cumbres.

Y los hombres en pos, torvos, ceñudos,
la caravana de los pies desnudos.

Como escuálida grey que el hambre azota,
como un deshecho ejército en derrota.

Y el niño enamorado de las cosas,
con las pupilas francas y curiosas,

también entre la sombra mentirosa,
que le finje un misterio en cada cosa...

*
* *

Aquí la noche, cuando el sol se escombra,
vuelca el ánfora negra de su sombra.

Por aquí va la humana caravana,
perdida en una noche sin mañana.

Por aquí, sin estrella y sobre el lodo,
vamos todos llorando el largo exodo,

con sed de azul, con hambre de infinito,
en este foso lóbrego y maldito.

*
* *

Esclavos del dolor y la tristeza,
cuándo se acabará nuestra pobreza!

¡Cuándo será, Señor! Cuándo tus ojos
dejarán de mirarnos con enojos!

¡Cuándo será que tu celeste incendio
venga a purificar el vilipendio!

¡Señor! Y las trompetas formidables
no abatirán los muros miserables!

¡No arderá nunca la sagrada hoguera
que en nuestra carne haga morir la fiera!

¡Hasta cuándo, Señor, has de tenernos,
frente a frente, mirándonos sin vernos!

.....

Cuando la llama, que habla y no devora,
ponga en las almas claridad de aurora,

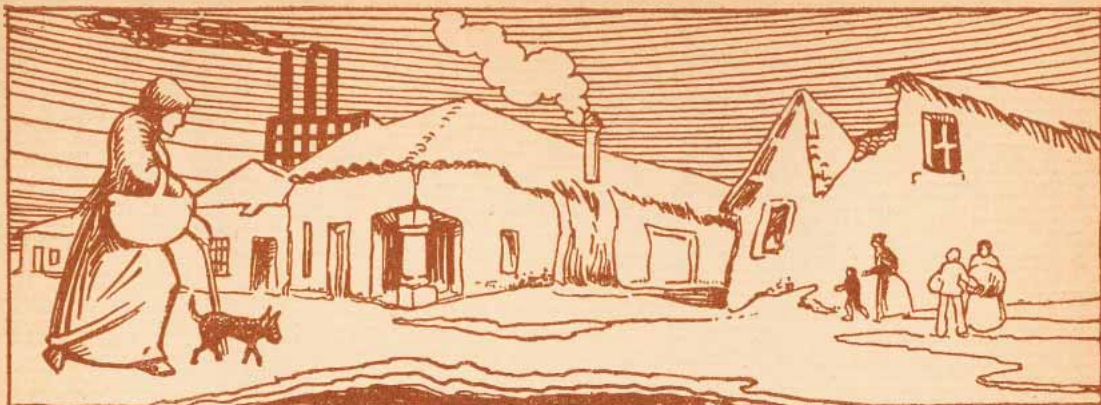
y se enciendan cual místicos carbones,
y agonicen de amor los corazones,

sólo entonces el sol esplendoroso
consolará los ojos dolorosos,

y se calentarán nuestras arterias,
y el lirio brotará de las miserias.

Será buena la ruta florecida,
e iremos como vivos por la Vida!





EL SUBURBIO



UERTO sin fin de infectas flores,
ruta sangrienta que no acaba,
lecho de todos los dolores;
amor no besa, sino clava
en este lecho de dolores.

Y las mujeres, ¡pobres hembras,
que, estérilmente fecundadas,
del dolor llevan la gran siembra
en las entrañas destrozadas!

La noche trágica de su alma
no vió el temblor de estrella alguna.
Viven pudriéndose en su calma
como se pudre una laguna!

Sus carnes flacas arrebuja
la sordidez de los harapos;
un viento ronco las empuja
y las sacude como un trapo.

La espalda curva se doblega,
como una rama desgajada;
y el vientre flácido se pliega
como una negra tierra arada.

Brazos torcidos de sarmientos;
mano esquelética y crispada;
muslos llagados y sangrientos;
plantas heridas e infamadas.

Seno que cuelga de laceria...
podrida fuente de que vierte
todo el horror de la miseria
con las angustias de la muerte...

Los flacos niños que devora
el dolor, desde el primer paso,
y en las sonrisas de la aurora
tuvieron ya dolor de ocaso.

Los que nacieron fatigados,
y con el peso de cien vidas,
van arrantrándose cansados
y desangrando en cien heridas.

Pasan los hombres, duros, torvos,
sin otra luz sobre sus ojos,
que la que salta de sus corvos
súbitamente en lampo rojo...

Sin otra luz en su cabeza,
ni otro calor en sus arterias,
que el resplandor de la tristeza,
y que la fiebre de miseria.

*

* *

Lívida grey amedrentada
que, agonizando sin descanso,
va como un río sin remanso;
va como un río hasta la nada,
agonizando sin descanso.

Los pies hundiéndose en el lodo,
nimbada en sombras la cabeza,
van escribiendo el rojo exodo,
y van viviendo su tristeza,
enamorados de su lodo.

Bajo sus frentes, sin un astro
se replegó la noche entera:
sobre sus vidas rodó el austro,
 como en talada sementera,
 y las llevó sin dejar rastro,
 como la paja de una era.

*
* *

Cae la noche como tumba;
pasa un desfile de esqueletos;
y hay un sollozo que retumba
y que maldice como un reto.

 y hay un chocar atroz de dientes;
 crugir de huesos, pavoroso;
 largos clamores estridentes
 y ansias de afónico sollozo.

Combate a muerte entre la sombra;
guerra que nunca tregua da;
toda la vida que se escombra:
toda una raza que se va...



H Señor nuestro Jesucristo,
que iluminaste hasta el abismo,
tu corazón no los ha visto
ni redimido tu bautismo!
¡Su corazón es un abismo!

¡Tu corazón, oh Jesucristo!

Tu corazón que los recoja;
tu corazón que los redima;
y que descienda hasta su sima,
¡Dios de terror y de perdón!
como una enorme aurora roja,
tu corazón. ¡Tu corazón!...



MI ALMA



MI ALMA



E cerrado mi huerto con un cerco de espinos sangrientos, recogidos en todos los caminos. Lo he guardado de todas las miradas humanas, esas miradas frías, irónicas y vanas.

Está cerrado a todos los ruidos exteriores de esta vida terrena... Pero tiene rumores tan llenos de misterio, como la voz del viento, como el clamor del río más fatigado y lento; que nadie ha comprendido, y que yo sólo entiendo, cuando mueren callando, cuando mueren gimiendo. Son como una plegaria, terrible, aguda, inquieta, que temblara en los labios exangües de un asceta. Son como una blasfemia.

Y hay en él un inmenso jardín de flores raras, que tienen un intenso... perfume que envenena, flores que yo cultivo paternalmente, porque de su perfume vivo, porque son mi tesoro maldito. De remotas tierras me trajo el viento sus semillas ignotas,

y un jardinero pálido, pálido como yo,
con lágrimas y sangre cada alba las regó.

Y yo las he cuidado con ansias paternas,
porque, si alguien las toca, dan perfumes mortales.
Porque estas flores raras son solamente mías,
y la esencia más honda de mis melancolías.

Y han crecido salvajes y opulentas, al suave
crepúsculo que nace de mis árboles graves...
Bajo mis grandes árboles, altos y taciturnos,
se han recogido todos los misterios nocturnos,
todas las vaguedades de las tardes. El rayo
del sol no rompe nunca el pesado desmayo
gris en que se adormece su fronda. El viento pasa,
callado y lento, como los deudos de una casa
donde velan un muerto. Y yo vivo a la sombra,
amable y buena, de estos árboles que no nombra
la botánica, y yo amo...

Una vez he querido
derribarlos porque no tenían un nido;
pero ví sus raíces, hondas como un abismo,
y pensé que arrancarlos era herirme a mí mismo,
y eran árboles viejos, y que desde una edad
muy remota venían creciendo en mi heredad...

En el más escondido rincón del huerto sueña
una mística fuente, luminosa y risueña,
que se mira en el cielo con mirada profunda,
recogida y devota. Y es ella la que inunda
de frescor y de paz mi huerto, la que canta
con su voz cristalina, una plegaria santa,
consoladora y trémula. Tiene un claror de estrella,
y el olor de los lirios que se miran en ella...

Un arroyuelo nace de mi fuente y se pierde,
con un rumor de adioses, en la frescura verde,
con un rumor que va muriendo lentamente,
lentamente. Yo veo flotar en su corriente
el cadáver de Ofelia y el del Príncipe Loco,
que se fué estrangulando el alma poco a poco...
Y el arroyo se pierde, como la vida, al suave
crepúsculo que nace de mis árboles graves.

He cerrado mi huerto con un cerco de espinos.
Lejos, por el camino, pasan los peregrinos,
fatigados, silentes. Yo los contemplo y pienso
vagamente... Los miro perderse en el inmenso
camino, diminutos, enanos, allá lejos...
Mis árboles se duermen al último reflejo
del sol. Mi fuente canta. Una estrella destella
sobre el azul. Ofelia va más blanca y más bella.

perdiéndose en la sombra para siempre. Yo siento que hay un misterio en torno, que pesa, grave, lento, profundo, sobre el huerto.

No sé; pero la noche,
como una flor inmensa, me ha encerrado en su broche.

—La noche tiene el germen de todas las auroras;
ella y la muerte son las dos consoladoras.

Y encerrado en mi huerto, mi universo y mi hogar,
vivo bajo mis árboles, mirándome pensar...



AMOROSAS

A ISABELLA



ANUNCIACIÓN



OR la infinita noche de mi espíritu
cruzó el blanco destello de una aurora.
Sobre el estéril campo de mi vida,
alas de golondrina dieron sombra.

Entornados los ojos, yo la oía,
como lejana voz cariciadora,
y era mi alma una fuente que copiaba
la corola de un lirio, una corola
donde temblaban perlas, donde había
una palpitación de luz, como una gloria
de sol... Yo la escuchaba con el alma
de rodillas, con mi alma más devota:
y es que una Anunciación se estremecía
sobre el cáliz de fuego de su boca...

Yo cerraba mis ojos, y veía,
y veía su imagen. Cada cosa,
que cantaba su labio, despertaba
en mi ser interior enormes ondas
de vida misteriosa, vibraciones
que iban en besos mudos a su boca.

Sus manos florecieron sobre el piano,
como dos lirios. Blancas mariposas,
sus dedos se posaron sobre el viejo
marfil, y despertó la vibradora
serenata campestre... Era una dulce
melodía sencilla, cuyas notas
suspiraban como un viento fragante
que viniera de lejos, de las frondas
bañadas por los astros que señalan
la primavera eterna, blandas notas
que sobre el corazón se me posaban,
como un pálido bando de palomas,
romanza sin palabras que palpita
en el canto inmortal de las alondras,
y que yo oí, del piano y de sus labios,
como la voz del Verbo, redentora.

Después se fué... Perdido en la penumbra
del salón señorial, donde las sombras
decían su poema de misterios,

ví partir su silueta vaporosa,
que vestía la luna con su clámide,
su clámide de pétalos de rosas,
blancas, como los sueños infantiles,
suaves, como los rasos de su boca.

Se fué... Yo la miraba tan lejana,
que tuve una protesta dolorosa,
que murió en mis entrañas. Quise alzarme,
y alcanzar la divina, vaporosa
aparición de amor de mi camino,
y me quedé, cobarde, entre las sombras,
muerto un himno de amor sobre los labios,
y mi esperanza con las alas rotas...



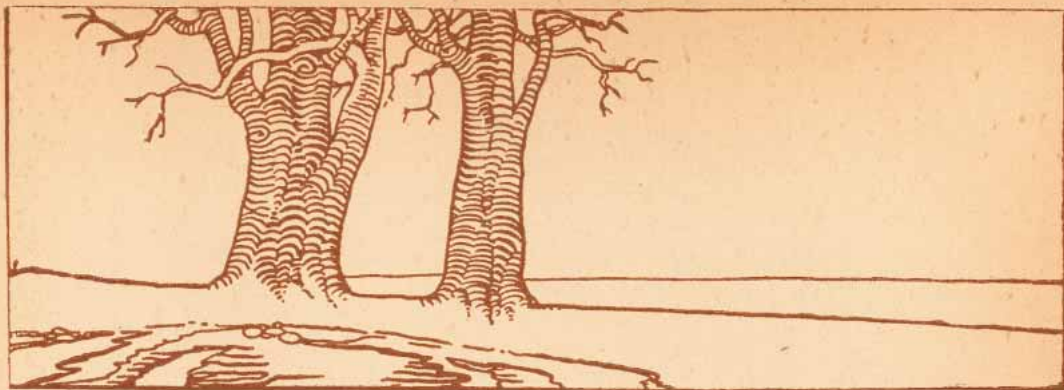
VISIÓN

Ha surgido en las sombras de mi vida...
—Los Tres Reyes también vieron la estrella,
que he visto yo, la estrella prometida
para mi redención.— ¡Yo creo en Ella!

Yo creo en Ella!—Su pupila clara
tiene un beso de cielo que destella...
¡Qué lobregueces Ella no alumbrara
dentro mi corazón! Yo espero en Ella!

Yo espero en Ella!—Yo amo esa esperanza,
como nadie la amó. ¡Si es la más bella
que a vislumbrar mi corazón alcanza!...
¡Mi fe, mi amor y mi esperanza es Ella!





REVELACIÓN



A tarde iba muriendo lentamente,
 en una melancólica agonía,
 sobre aquel campo verde, que bañaban,
 con reflejos violeta, las dolientes
 luces crepusculares.

Y era pálido,
 suave el azul, tal como la mirada
 de un viejo venerable sobre un rostro
 profundamente amado. Y en el fondo
 de aquella gran pupila, el inquietante
 brillo como de lágrimas de un astro.

Callábamos. Pesaba en nuestras almas,
 con una amable pesadumbre, el hondo
 silencio de aquel valle.—¿Qué palabra
 no resonara extraña?—Íbamos lentos,
 recogiendo en los ojos y en las almas
 la gran quietud campestre.

Era el paisaje
como la página de un libro, lleno
de una bíblica paz, página santa
que brilla en el cerebro con albores
de auroras o de luna...

Ibamos lentos.
Y se tendía el valle mansamente,
como un regazo blando y amoroso,
como un regazo maternal, que invita
a descansar en él, eternamente...

Negros, dos viejos árboles se yerguen
en la llanura solitaria. Leo
no sé que historia trágica en sus ramas,
que se tienden, se enroscan y amenazan
desesperadamente. Me imagino
dos ancianos de espaldas encorvadas,
de brazos retorcidos y de manos
crispadas por la angustia. Dos ancianos,
solos en la llanura solitaria,
como los moradores de una ruina.

—Se miran en la charca...

Hay tal pureza
en el ambiente, en todo, que hasta el fango
se purifica, y tiene en esta hora
la claridad divina de una fuente.

Sus ojos recogían el paisaje
en un lento mirar, casi piadoso.
Yo dijera que había una caricia
en sus miradas hondās, el devoto
acariciar de un alma, que ha sentido,
con un roce de seda, la infinita
quietud de aquel crepúsculo. Sus ojos
eran como los ojos de una niña
que van abriéndose a la vida, francos,
curiosos, buenos.

Yo sentía intensas,
pasar sobre mi espíritu unas ondas
de amor hacia aquel campo silencioso
de adoración por Ella, por la que iba
llena de gracia, esbelta y vaporosa,
pasando en la pureza de aquella hora,
como la imagen de una vida nueva
que surgiera en el prado y en mi alma.

Yo la miraba, la miraba... Iba
pisando sobre el césped, deslizándose;
y todo se animaba en torno suyo,
todo resplandecía: desde el astro,
que fué más luminoso, hasta los árboles;
hasta los viejos árboles brillaron
como una nota de oro, y hasta el viento
tuvo para la charca una caricia.

Yo la miraba silenciosamente,
en un silencio místico, tan hondo,
que se escuchara el salmo de la vida
por mis venas. Mi espíritu y mi cuerpo
fundíanse en un éxtasis de fuego;
y yo sentí que mi alma se perdía
en la infinita placidez del cielo,
en la serenidad de aquel crepúsculo,
en el campo sin límites, y entonces,
lo adoré todo en Ella, en la que iba,
llena de gracia, esbelta y vaporosa,
pasando en la pureza de aquella hora,
como la imagen de una vida nueva
que surgiera en el prado y en mi alma.





SUS OJOS



ON como dos lagos.—Los soñó un poeta.—
Profundos, inmensos. Dicen lo infinito.
Pupilas que miran, calladas, inquietas,
como si estuvieran ahogando un grito.

Pupilas de virgen, cantan la delicia
de unas primaveras que son inmortales,
y rozando mi alma como una caricia,
se hunden en mi carne como dos puñales.

Ojos que se abrieron, lejanos, como astros
sobre un lago muerto. Grandes ojos claros
que ponen un santo candor de alabastro
sobre las estepas de mi desamparo!

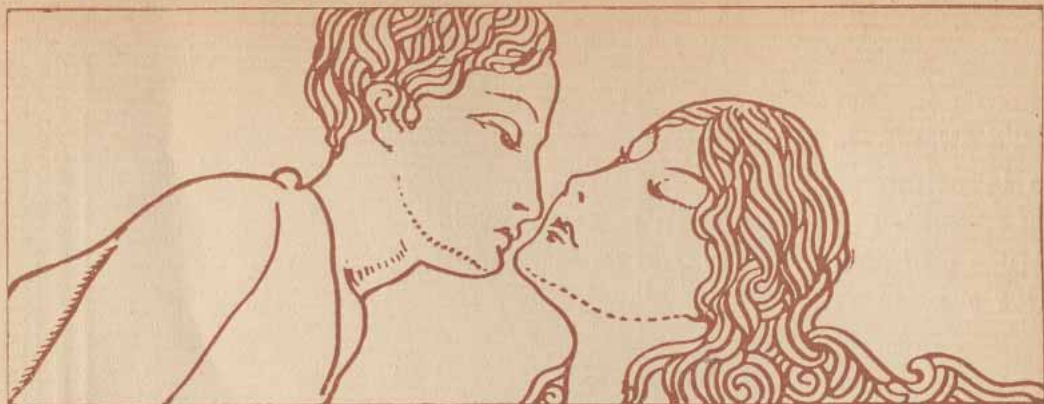
Sus grandes ojeras, que cuentan las ansias
de sus noches largas—sus grandes ojeras,
sombra de una llama—tienen las fragancias,
y son como un lirio que de sed muriera.

Sombras adoradas!... Fragancia esquisita
de sus primaveras!... Párpados de seda!
Ojos en que viera la muerte infinita
con que se durmieron los ojos de Leda!

¡Grandes ojos claros!... ¡Ojos de la Amada!
¡Místico reflejo de los ojos de Ella!
Luminoso verbo que sobre mi nada
va creando mundos y sembrando estrellas!...

¡Ojos dolorosos, llenos de infinito!...
¡Ojos que me miran ahogando un grito!...





BESO



EMILLA lejana! Semilla
de flores!
Blancura que brilla
con el fuego en que arden todos los fulgores!
Semilla de flores!

Semilla lejana! Caricia
lejana!
Gota que condensa toda la delicia.
Luz en que palpitan todas las mañanas.
Caricia lejana!

Ráfaga de un viento fecundo!
Ráfaga preñada!
Tu leve susurro, concreción de todas las voces del mundo!
Tu rumor, el Verbo que pobló la nada!
Ráfaga preñada!

Tu aliento, la brisa
de la primavera!
Tu ímpetu, la savia que en la flor se irisa:
blanco en las espumas, verde en la pradera:
¡flor y primavera!

Llama eterna donde
todo arde, y de todo, nada se consume.
Flor en cuyo cáliz de fuego se esconde
la vida!
Nube de perfume
donde tiemblan rayos de sol y de vida.

Nuestra vida pasa!
La gota
va a hundirse en el alma del sol que la abrasa.
Nuestra vida pasa. La flor se deshoja!
pero el fruto queda, como mancha roja
cuando en otra vida la flor se deshoja!

*
* *

Gota de agua clara, tu beso:
mi boca lo espera!
Mi beso, la lluvia sobre la pradera;
tú, el místico huerto que la lluvia espera!

Sol de primavera,
tu beso en mis ojos!

Cuando tú te vayas, cuando yo me muera,
vivirá el poema de tus labios rojos,
seguirán viviendo nuestras primaveras,
viviendo en el alma de otros labios rojos!

Gérmenes de auroras,
tu beso y mi beso!
Se irán con las horas
tu vida y mi vida;

pero este amor nuestro verá detenida
la fuga del tiempo... Tu beso y mi beso
serán inmortales... porque son la Vida!

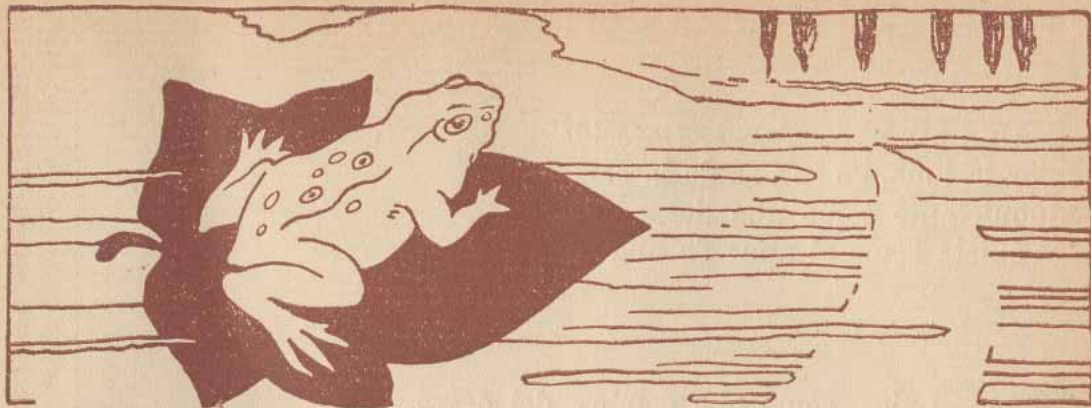
Fuente de embriagueces,
tu boca,
¡oh Amada!
Cuando tú me beses,
sentirá la roca

que le nacen flores... Temblará la nada,
cuando en una llama tu boca y mi boca
se fundan ¡Amada!
Vivir lo infinito!
Ser nada y ser todo!
Sentir en el fondo de la entraña el grito
de la especie entera!
Ser la inmensa hoguera donde se fundiera
la estatua de lodo!...
Vivir lo infinito!... Ser nada y ser todo!...

LOS HUMILDES

A MIS PADRES

CON UN GRAN AGRADECIMIENTO
Y UNA MAYOR TERNURA.



EL SAPO



ANTAN, enamorados de una estrella,
los sapos del estanque.—Y cuando todo
duerme, y el alma del azul destella,
rezan sus letanías desde el lodo.

*

* *

Hay un celeste resplandor muy vago;
hay una claridad meditabunda;
y se adormece el cielo como un lago
de aguas maravillosas y profundas.

Duermen en la mirada de los astros
los álamos que asombran la laguna,
y cae en una lluvia de alabastros
la nieve luminosa de la luna.

Una senda se alarga, florecida
por la luna, en la paz de la campiña,
inquietante como una despedida,
y quieta como el alma de una niña.

Lejos, como una sombra del ocaso,
se pierde en un temblor la cordillera;
tiene una suavidad como de raso,
que en un llover de pétalos cayera.

*

* *

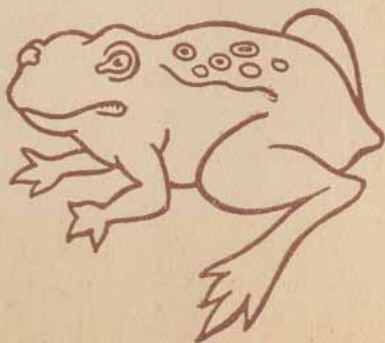
En la pálida sombra de la estancia,
esto vieron mis ojos fatigados,
y hasta sentí bañadas de fragancia
las ansias de mi espíritu angustiado.

Esta paz de la noche campesina,
esta vida infinita, me la evoca
la canción de los sapos, cristalina,
con su música humilde, sabia y loca.

Feos, tristes, hinchados, asquerosos,
han dejado sus algas putrefactas;
y los envuelven en fulgor radioso
las estrellas purísimas e intactas.

Despreciados del hombre, lapidados
por las cándidas manos infantiles,
en su oscuro dolor desesperado,
han huído del sol como reptiles...

Pero del sabio la pupila inquieta
en su entraña sangrienta hurga la Vida,
y hasta su oscuridad llega el poeta
a iluminar el alma conmovida...





LEJANA...

UEVE... Cae la noche mansamente,
y el dolor de la sombra angustia y pesa...
y esta lluvia tediosa que no cesa
de gemir en el alma y el ambiente.

Pienso en todo y en nada... Suavemente,
siento un vago recuerdo que me besa...
Una esquila solloza su tristeza;
y algo pasa aleteando por mi frente.

Temblorosa campana del convento,
tal vez trae tu queja la plegaria
de la que pudo ser y nunca fué...

Tiene humedad de lágrimas el viento:
llanto tal vez de aquella solitaria,
de aquella que me amaba y que no amé...



EL RELOJ

ORAZON del tiempo. Víctima que cuenta
sus penas, y tiene la voz de una gota,
monótona y fría, monótona y lenta:
vida que fluyera de una arteria rota...

Corazón-misterio. Como el alma nuestra.
Como nuestra vida. Corazón-misterio...
Pupila insondable, pálida y siniestra.
Claror de luna sobre un cementerio...

Corazón-misterio. Golpea, resuena
sordamente, como la caja postrera
con la mano trémula, como la cadena
de un desesperado que se enloqueciera...

Latido, sollozo, queja de la hora.
Rabia de la ola que se yergue y muere.
Lamento de un río que la mar devora.
Puñal implacable que en el alma hiere.

Pájaro fatídico de rígidas alas.
Fantasma de brazos grotescos e inertes.
Sombría sibila que muda señala
todos los caminos que van a la muerte...





LOS RECUERDOS



ON aves que se alejan en un vuelo
sin vuelta, los recuerdos... Y un momento,
queda en el corazón, como un lamento,
su aleteo de seda por el cielo.

Cuando tiende la noche el primer velo,
un recuerdo se va, pálido y lento...
—Hay aroma de flores en el viento.—
Y lo vemos partir sin desconsuelo.

Alguna vez se piensa en los ausentes:
y una vaga inquietud llora su queja,
y hay un leve temblor sobre la fuente.

Y apagado el temblor nada se siente:
pero en cada recuerdo que se aleja
vamos agonizando lentamente.



LOS PIANOS VIEJOS

A RAFAEL MALUENDA

LA canción melancólica de un piano,
por la calle silente y soñadora,
me ha salido al encuentro...
La canción melancólica de un piano.

Una música alegre que solloza;
dolor desesperado de la risa...
—Viene un clamor de multitud que goza,
pasa un rumor de fiestas en la brisa.—

Pienso... Hay una muchacha que suspira,
mientras toca en su piano envejecido,
una pobre muchacha que delira
por un viejo placer desconocido...

¡Oh! la tristeza negra de estas vidas
estancadas como aguas de laguna!
¡Oh! las sangrientas ansias escondidas
bajo una palidez como de luna!

*
* *

Melancolía de los pianos viejos,
en que tocó la madre en un borroso
tiempo, que endulza todavía el dejo
del primer beso que le dió el esposo...

Piano meditabundo en el que canta
su adiós agónico una juventud;
y entre las dos bujías se levanta,
frío y lustroso, como un ataúd.

Sigue llorando, piano viejo! Llorar...!
Por la desesperanza de tu dueña;
por el dolor con que a la vida implora
su pobre corazón que ya no sueña.

Llora por un amor que fué al olvido;
llora por la tristeza y la pobreza;
quéjate como un niño desvalido,
y por el alma de tu dueña reza!...



EL ASNO



AJO el doloroso pesar de su carga,
triste y pensativo, por la senda larga.
Mudo y resignado, bajo la amenaza
del amo implacable, por la senda pasa.

Siembra de amarguras, su ruta de abrojos.
Dolor de dolores, la luz de sus ojos.
Visión de agonías, el sol que lo abrasa...
Y el asno a lo largo del camino pasa.

La senda infinita se alarga, se pierde,
polvorienta, eterna, por el campo verde...
Rumor de la fuente que en la hierba brota.
Y el asno a lo largo del camino trota...

Tiembla en una estrella la noche vecina.
El asno jadea... Camina! Camina!
¡Morir de cansancio!... La fusta lo azota.
Y el asno a lo largo del camino trota.

*
* *

Los potros, al campo; la vaca, al pesebre,
y el asno a la cuerda... Lo abrasa la fiebre
del sol y las sendas. Y mientras recuerda
que están todos hartos, él muerde su cuerda.

Perdido en sus sueños el asno medita,
que él solo ha tenido la gloria infinita
de que consagrara sus lomos un día,
cruzando el desierto, la Virgen María.

Que aún tienen sus ojos temblores de palmas,
de la apoteosis del Rey de las almas;
y enciende aún su aliento la sagrada fiebre
de la noche-aurora que ardió en el Pesebre.

Que el lago de su alma solo a la mentira
azotó en inmensas tempestades de ira;
y tronó su lengua como una trompeta
sobre los pavores del Falso Profeta

Que humilde y callado lo vieron los astros
seguir del Quijote los ínclitos rastros,
y que nadie puede borrar de su historia
la página augusta que besa la gloria.

—Señor don Quijote, tú solo tuviste
piedad del humilde y amor para el triste:
y en Sancho encendiste la santa locura,
y al asno le diste tu heroica amargura!...

Señor Jesucristo, tu amor infinito
consagró al mendigo y abrazó al maldito,
y en tu ruta santa, sembrada de enconos,
hiciste del asno tu espléndido trono.

*

* *

Porque la mirada de Dios te ha bañado,
el dolor te ha puesto su sello sagrado;
y porque has sufrido con tanta nobleza,
te yergues magnífico de gloria y tristeza.

Y junto a tí pasan los hombres sin verte,
con sus pobres ojos que vela la muerte...,
con sus pobres ojos, que desde su abismo,
no han podido nunca mirarse a sí mismos...

¡Solo como un alma!... Prosigue la senda...
Que triunfen los necios; que nadie te entienda...
Tranquilo y heroico, camina, jadea:
la cumbre está lejos, y arriba la idea!...

Tú solo, tú solo tendrás la montaña
por solio, cuando hayas cumplido la hazaña...
... ..
Brotarán en lirios de sangre tus huellas;
y habrá en cada huella temblores de estrella!...



OTOÑO



AMOR...

Y

O quiero hacerte un don:
pondré en mi corazón tu corazón.

Quiero fundir tu vida con mi vida;
que haya en tus venas sangre de mis venas;
y agobie tus espaldas abatidas
la grave pesadumbre de mis penas.

Yo pondré mi conciencia en tu conciencia:
y por mis ojos mirarás la tierra;
y del bien y del mal tendrás la ciencia;
y vivirás contigo siempre en la guerra.

Será una guerra sin cuartel, eterna.
Se hará tu corazón como una fuente
inagotable y honda: y serás tierna,
y serás cruel, amable e indiferente.

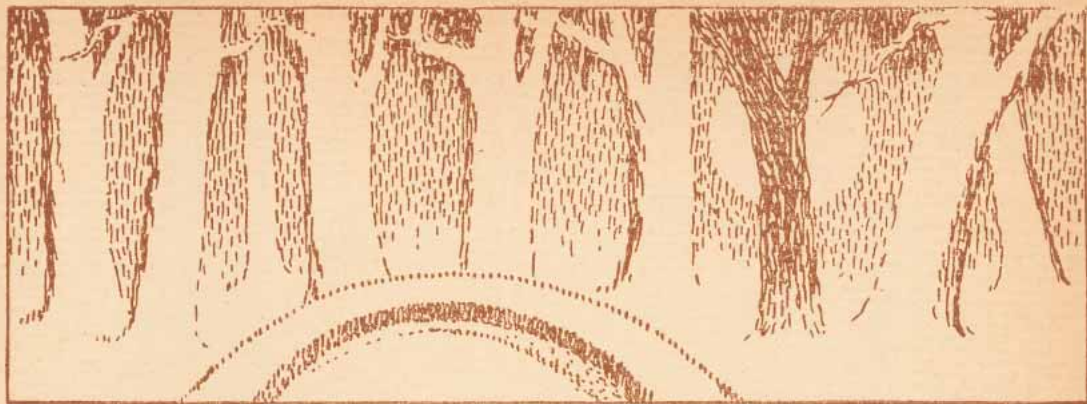
Irás entre la gente, solitaria,
dantesca y sin amor; pero contigo...
Y como una visión crepuscularia,
sólo en tu corazón tendrás abrigo.

Pero verás el resplandor terrible
de Dios, y el esplendor de la belleza,
y arderás en la hoguera inconsumible

... ..
Esto será tu orgullo y tu tristeza.

¿Soportarás la majestad del don?...
Pon en mi corazón tu corazón...





EVOCACION

(C'ÉTAIT LE JOUR BÉNI DE
TON PREMIER BAISER).

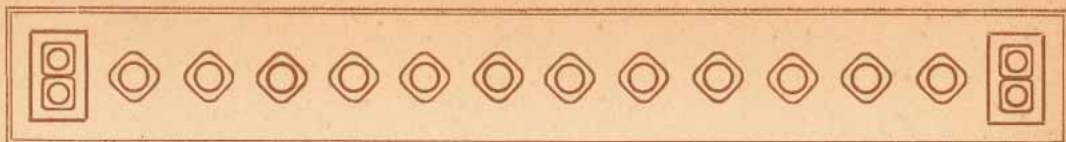
STHÉPHANE MALLARMÉ.



LARO rumor! Los árboles del huerto;
—¡la primavera que llegó otra vez!
rumor de vida sobre el césped muerto:
¡Le jour béni de ton premier baiser!

Luna que cae; mística arboleda;
sendas lejanas que temblar se ven;
claror del alba; suavidad de seda:
¡Le jour béni de ton premier baiser!

Deslumbramiento azul; ascua encendida;
visión de eternidad; angustia y sed;
deseos de morir y ansias de vida:
¡Le jour beni de ton premier baiser!



JUVENTUD

A ví pasar por el camino,
como una blanca aparición.
Iba al encuentro del destino:
y se llevó mi corazón...

Era una virgen adorable;
resplandecía como el sol;
era terrible y era afable:
y se abrazó a mi corazón.

Tuvo sonrisas en la fronda,
y con el agua se alegró.
Y me miró, callada y honda,
e iluminó mi corazón.

Por la ciudad ensangrentada,
ensangrentándose pasó.
Ví su alba clámide manchada:
y la lavó mi corazón.

La oí llorar entre la sombra,
sobre las zarzas del dolor:
y sobre el fango, como alfombra,
eché a sus piés mi corazón.

Desde el abismo, como un cirio
de amor y muerte, Venus vió
regar el ara del martirio
la sangre de mi corazón.

Cruzó por todos los caminos,
—lodo y azul; tiniebla y sol.—
Iba al encuentro del destino:
y se llevó mi corazón.

.....

Y en un crepúsculo otoñal,
como un ensueño, se perdió...

.....

¡No la verá, ya nunca más,
mi corazón!...



RECOGIMIENTO

DEDICATORIA

A DOÑA VIRGINIA MONDACA Y KIRKMAN

A TI, mi suave retoño
de primavera en otoño;

Trino del amanecer
en mi enfermo atardecer;

Que eres a mi corazón,
dolor y consolación;

Que has venido a ahondar la herida;
y hacer más grande la vida;

Y a poner luz en mi suerte,
y otro terror en mi muerte.

A tí, mis versos de otoño,
melancólico retoño,

Que heredaste la nobleza
de mi alta y santa tristeza;

Rayo de la luna llena,
bendición de Noche Buena;

Ultima luz de mi vida,
tan amarga y tan querida;

A tí, mis versos de otoño,
melancólico retoño,

Que eres a mi corazón
dolor y consolación.



ORACIÓN



DIOS te salve, hijo mío, portador del dolor!
Dios te salve, hijo mío, redentor del amor!

Bendecidas tus manos vírgenes y olorosas,
albas manos de arcángel que van sembrando rosas,

Manos leves que, cuando me tocan dulcemente,
me hacen pensar que el cielo me besara en la frente,

Bendecida tu altiva cabecita inocente
donde Dios ha posado su mirada clemente;

Tan llena de grandezas, tan nimbada de luz,
como la cabecita del pequeño Jesús.

Bendecidos tus ojos misteriosos e inquietos
que quieren adueñarse de todos los secretos,

Tus pupilas que tienen claror de luna llena,
profundidad de abismos, pureza de azucena;

Tus ojos que me miran y curan mis heridas,
y me lavan de todas las manchas de la vida.

—Señor! guarda en sus ojos ese mirar divino!
Presévalo de todas las sombras del camino!

Hazle, Señor, la gracia que siempre pueda verte,
más allá de la vida, más allá de la muerte!—

Bendecida tu boca que huele a flores nuevas,
y tus labios en donde mi sed de amor abrevas;

Y tu voz donde cantan como un himno profundo
todas las armonías que ruedan por el mundo!

Tu voz que me parece que viene de tan lejos!
Y me trae perfumes, colores y reflejos!

--Señor! que yo la escuche cuando me esté muriendo,
y así me iré del mundo consolado y sonriendo!—

Y el rumor de tus pasos que resuena en mi oído
con música de brisas en un huerto florido!

Y el rumor de tus pasos que era como un latido
que yo escuché, mucho antes de que hubieras venido!

Tú cruzarás la tierra por sendas florecidas
con las rosas de sangre de mis plantas heridas.

Sé bendito por eso! Porque harás el camino
que yo no pude hacer!—Me lo impidió el destino!

Bendito tú, hijo mío, que verás tiempos nuevos
que yo no veré nunca, y en la conciencia llevo!

Sé bendito, hijo mío, porque en tu ser encierras
todas mis esperanzas del cielo y de la tierra!

Vencedor de mi muerte, sé por ello bendito!
Tú eres mi afirmación que lancé a lo infinito!

*

* *

Guárdamelo, Señor! Conserva su existencia,
que de este vivir mío es la flor y la esencia!

Llévalo por tus vías; hazlo bueno y humano,
Señor, por las heridas de tus pies y tus manos!

Cúbrelo con el manto de la santa esperanza,
Señor, por la corona, por la cruz y la lanza!

Líbralo de los malos dolores que me hicieron,
por la hiel y vinagre que, al expirar, te dieron!

Hazlo grande y altivo, Señor, sincero y fuerte,
por todos los tormentos de tu pasión y muerte!

Y permite a tu siervo que sufra sin consuelo
con todas las tristezas de que sembraste el suelo;

Que caigan, Señor, todas sobre mí, sin perdón,
Pero, Señor, ninguna sobre su corazón!





ELEGÍA

A LA SANTA MEMORIA DE
MI MADRE, MUERTA EL 20
DE JUNIO DE 1912.



I

RACIAS, madre!

Por todos los dones de tu corazón;
por tu santa emoción;
y por la exaltación
y la pasión!

Por tu espíritu de fuego y de luz;
por tu amor de Jesús;
por tu ansia de la cruz;
y por la excelsitud
de tu virtud!

¡Gracias, madre!

Por la intensidad del vivir;
por la belleza de sufrir;
por el encanto de escuchar,
por el milagro de mirar
y la amargura de pensar!

Y por la angustia de querer,
y no alcanzar;
y por la gloria de caer, y levantar:
y de creer,
y de esperar!

II

Cristo te dijo: Sigue mi camino.
—Y fué la santa ley de tu destino.

Abrazate a la cruz de mis amores!
—Y te abrevaste en todos los dolores.

Tu vida fué más pura que una estrella:
Dios se miraba reflejado en ella.

Tu pensamiento era como una fuente
que manara de Cristo, eternamente.

Tu carne enrojeció bajo el cilicio;
y te vistió de blanco el sacrificio.

Te coronó de rosas el Señor;
y te ciñó de espinas el Amor.

III

Y ahora, Madre, en la infinita
noche de nieve que llegó,
tu corazón ya no me grita
sobre el abismo del terror.

Ya no se posan en mi frente
tus manos, que eran el perdón.
—El sol de Dios secó la fuente,
la fuente de mi redención.

Ya no me alumbran el camino
ni tu mirada ni tu voz.
Voy tropezando, ebrio del vino,
con que la vida me abrevó.

Ebrio del vino de la muerte
que, envenenando hasta el Amor,
me va arrastrando como inerte
por los caminos del dolor.

IV

En la lejanía más vaga
flota una dulce claridad.
Es una estrella que se apaga:
es un recuerdo que se va.

Es mi dolor ¡pobre de mí!
que no he podido eternizar!
—¡Limitación para sufrir,
y pequeñez para gozar!—

¿Es que no tienen mis arterias
el fuego de tu corazón?...
O son tan grandes mis miserias,
que no merezco tu dolor?...

Yo no sé, Madre, no sé nada!
Yo sólo sé que ya no estás;
que es infinita la jornada,
y que es inútil esperar.

Yo no sé nada. ¡No sé nada!
Muero en las sombras del vivir.
Tú, que «viviste», sombra amada,
ven a decirme qué es morir.

Ya no sé dónde está el camino.
Voy, aterrado de vivir,
buscando a tientas un destino
que no consigo definir.

Yo vivo, madre, eternamente,
sobre el dolor del desamparo,
aquel minuto de la muerte,
cuando tus ojos se velaron.

¿Qué viste, madre, en el umbral?
¿Qué resplandor te deslumbró?
¿Qué inmenso arrullo maternal
entre la sombra te adurmió?...

¿En la frontera de su imperio,
te habló la muerte su verdad?
Dijo la Vida su misterio?
Se iluminó la Eternidad?...

¿O era la Nada? ¿Y tú la celas?
Háblame, madre, sin piedad!
Porque, si tú no la revelas,
¿quién me diría la Verdad?...

V

Te adoré, viva; muerta, te venero;
y si aún he de vivir, de ti lo espero.

Algo de Dios florece en tu memoria:
que tus huesos se alegren en su gloria.

Y tu espíritu, en goces eternos,
cante con las potencias celestiales.

Vencedora de los siete dragones,
las Virtudes te ciñen con sus dones.

Y sobre tu corona de azucenas,
ponen un resplandor de luna llena.

Pero en la soledad del cementerio
el gusano voraz tiene su imperio...

Y sobre tu cadáver se levanta.
¡Y lo engendró tu carne sacrosanta!

Y luego no será más que ceniza,
que ha de aventar un soplo de la brisa.

Y ya no te verán
estos ojos mortales, nunca más!...

Y cuando pienso, madre, cuando pienso
que no he de verte más, siento un inmenso

Deseo de escaparme de mí mismo,
ansias de ir a perderme en un abismo,

Y solo con mi pena y mi recuerdo,
aullarte como un perro!...



CUANDO EL SEÑOR ME LLAME



UANDO se fué del mundo mi madre, amigos fieles
me consolaron en los minutos más crueles.

Mi padre y yo velamos junto a su cabecera.

Y nuestro corazón era como la cera
del Cristo agonizante que recibió su adiós.

Y para que el recuerdo fuera inmortal, nevó...

Puede ser que yo viva, como ella, setenta años.
Mi Hijo habrá saboreado ya muchos desengaños.
Tal vez ya será abuelo. Mi mujer será vieja.
Su belleza pretérita, junto a su gracia añeja,
nos hará sonreír. Cuando nos traiga flores
la Nuera, leeremos esos versos de amores
que le escribí, sus cartas, que eran mi poesía,

e invadidos de una dulce melancolía,
nos miraremos mudos un largo rato, y luego
nos daremos las trémulas manos, como dos ciegos.

Una mañana clara de Abril—habrá llovido—
no me levantaré. Se acercarán sin ruido
las gentes de mi casa para observar si duermo,
y por sus ojos tristes sabré que estoy enfermo.
El temblor de sus lágrimas será la estrella que
me diga que es preciso partir y no volver;
y como para entonces estaré tan cansado,
no haré siquiera un gesto de espera. Resignado,
no pediré otra cosa que entreabran la ventana
para mirar el cielo; y hasta mi frente cana
descenderá piadosa y azul la caridad
de la mañana, a darme la postrer claridad.

Estaré con los ojos cerrados, como inerte,
saboreando la última tregua de la muerte.
De vez en vez, sus manos, santas y dolorosas,
mi Mujer pondrá en mí con suavidad de rosas.
Mi Hijo me mirará callado y largamente,
—los labios de su madre se han posado en mi frente—
y como teme que me turben sus sollozos,

se abrazará a mi Nuera.—Con sus ojos curiosos
—que lloran y no saben—pregunta el Nieto.

Cae

la tarde lentamente. Rumor de Otoño trae
la brisa, quejas de árboles, y la melancolía
de lejanas campanas vesperales. El día
se irá junto conmigo.

Ya estaré confesado:
y me habré despedido de todos mis pecados
con lágrimas, porque le dieron tal sabor
a la vida y al bien, tal virtud al amor,
que sin ellos, no hubiera sabido qué es vivir.
Me doleré de todos los dolores que di,
de los sueños que nunca conseguí realizar,
y de los egoísmos de mi carne mortal...

Entre el clamor de las lágrimas silenciosas
poco a poco, iré viendo alejarse las cosas.
Entonces en el último resplandor de la vida,
daré a los que me amaron y amé, la despedida.
Y diré a mi Mujer:

¡Gracias, mi santa compañera!
Por el amor que puse en ti,
por las heridas que te hiciera
y la alegría que te dí!

¡Y gracias, porque fuiste bella!
Cierro los ojos y te miro:
me deslumbras como una estrella
y me enterneces como un lirio!

Tendré mi carne perfumada
de amor, Amor, hasta en la nada;
estoy gozando en tu mirada
como una gloria anticipada.

Sola entre todas las mujeres,
fuiste la única en saber
la tristeza de mis placeres
y el goce de mi padecer.

La que llevé por el camino,
en el cáliz de mi pasión,
como la hostia del destino,
encerrada en mi corazón.

¡Gracias, mi santa compañera,
porque tuviste, espiritual,
las locuras de la quimera,
y una conciencia en la bondad!

Y sobre todo, gracias, madre,
por la infinita majestad
de un hombre que, al decirme padre,
me haga vivir la eternidad!

Y luego diré al Hijo: «Sé magnánimo y fuerte!
vencedor de la vida y esposo de la muerte.

Y haz todas esas cosas, buenas, grandes y hermosas
con que yó soñé tanto, sin lograrlas hacer!»

Después, y ya en la última conciencia de la vida,
me encerraré en el fondo de mi alma adormecida.
Cerraré mis oídos para todo rumor
del mundo, y en mis ojos, que sellará el amor,
alboreará la aurora del Señor.

Y me iré
perdiendo en un ensueño crepuscular del que
nadie de entre los vivos me podrá despertar.
Me llamará la tierra con ansias maternas;
y como yo he querido, sobre todos mis males,
ser fiel hasta la muerte, ser obediente y bueno,
me dormiré por fin, como un niño, en su seno.





LAS LETANÍAS DE LA BUENA MUERTE



UANDO la nieve de la muerte
venga a cubrir mi corazón,
y digan ya mis pies inertes
que la jornada se acabó;

Cuando mis manos al fin cedan,
en la postrera crispación,
y detenerme ya no puedan,
porque el abismo las venció;

Jesús misericordioso,
 fortaléceme en el dolor!

Cuando mis ojos se dilaten,
enloquecidos, por la luz;
y abandonados, sólo traten
de consolarse con tu cruz;

Cuando mis labios estén muertos,
y en vano luchen por hablar;
cuando mis blancos labios yertos
nadie en la tierra ose besar;

Jesús misericordioso,
cuando me llames, ten piedad!

Cuando se apague en mis oídos
el sollozar de los que amé,
y se estremezca un alarido
en cada fibra de mi ser;

Cuando se ericen mis cabellos,
cuando se bañen en sudor,
cuando la angustia sople en ellos
como un gran viento asolador;

Jesús misericordioso,
refúgiame en tu corazón!

Cuando se apague el pensamiento,
y en un postrer resplandor,
reviva todos los momentos
con las ternuras de un adiós;

Cuando, cansado del camino,
mi corazón quiera dormir,
y ante lo obscuro del destino,
sienta lo inmenso del vivir.

Ten compasión de mi agonía,
Jesús, y ayúdame a morir!

Cuando recuerde los amores
que, apenas muerto, olvidarán;
y quiera todos los dolores
para poderlos amar más.

Y cuando, al fin, me lleves, Padre,
y por su santa intercesión,
los santos brazos de mi Madre
me reciban en tu mansión;

Acuérdate de sus virtudes,
acuérdate que fuí su amor! . . .

Y entonces,
misericordioso Jesús,
Señor de toda excelsitud,
purifícame en tu virtud,
embriágame en la eterna luz,
y resucítame en tu Cruz!...





INVITACIÓN A LA AMISTAD



UJER, huye tu mundo, y ven conmigo.
 Tu belleza es un huerto de tristeza,
 amor es una fuente de dolor;
 y el beso, un enemigo,
 que te acecha, mortal como el destino,
 en el claro de luna del camino.

Tienes sed de la fuente que camina
 y ansia de Eternidad...

—Hay en tus ojos una luz divina,
 orlada de una azul oscuridad.—

Me parecen tus manos dos doncellas
 blancas, que van a darse en holocausto...
 Tiembles con la inquietud de las estrellas:
 pasa en la sombra de la tarde, Fausto.

Tu seno estremecido se levanta,
florido como el mar.—La luna asoma—
Tu cuerpo entero, como un árbol, canta.
Llora en tu corazón una paloma.

Y luego en la alegría dolorosa,
cuando la aurora venga y te despierte,
al deshojarse la postrera rosa...
su Anunciación te reزارá la muerte.

Mujer, huye tu mundo, y ven conmigo.
No quieras ser semilla de tristezas.
Ven a mi soledad: seré tu amigo.
Nuestra vida será un florecimiento
de energías, vendimia de bellezas,
perpetuo vencimiento,
un nacer cada día;
y un desvanecimiento,
y una melancolía,
dulce y crepuscular,
el morir en el sueño de vivir y no amar...





PRIMAVERA

A DOÑA JULIA ISABEL
OLGUÍN BÜCHE, CUANDO
CUMPLIÓ UN AÑO.

LORECIMIENTOS del rosal,
en primaveras de pasión,
santa alegría vespéral
para mi viejo corazón.

Melancolías del vivir,
buena tristeza de esperar,
en ti las vuelvo a revivir,
en ti, otra vez, las vuelvo a amar.

Mirar el mundo en el cristal
de tu pupila virginal,
purificado y matinal,
libre del bien, limpio del mal.

Ver cada aurora florecer,
como un milagro, y caminar,
en un perpetuo amanecer,
sobre la oscura realidad.

Y caminar y descubrir,
en cada paso que se dá,
que es bueno el mundo, y que sufrir
es nuestra inmensa dignidad.

Y desmayarse de pasión
en el jardín primaveral,
y con el propio corazón
regar las rosas del rosal.

Y darse todo en la bondad
y darse entero en el amor,
darse en el goce a los demás
y concentrarse en el dolor.

Ser como el agua, maternal,
madre de toda exaltación,
y tener alas y volar
hasta fundirse con el sol!

*

* *

Cuando joven y hermosa, como te veo en sueños,
leas estos mis versos, no los comprenderás.

Las brisas serán besos en tus bucles sedientos,
y en el jardín del mundo, rosal, florecerás.

Tendrás sobre tus ojos la divina mentira
del amor, como venda que irisará la luz.
Habrá en tu corazón como un temblor de lirás,
y cantará en tus venas toda la juventud.

Irás entre las rosas como las mariposas,
perfumado el espíritu y encendida la faz;
y leerás mis versos, pensativa y piadosa,
y acaso llores; pero no los comprenderás.

Y yo escribí estos versos para hundir mi memoria
dentro tu corazón, como un puñal de amor,
y lloré con mis penas, saboreando la gloria,
exquisita y amarga, de tu primer dolor.

Yo me iré de la vida, como se va la tarde
por el cielo infinito, silencioso y herido...
¡Lámpara del santuario que entre mis sombras arde,
sálvame de la noche, la muerte y el olvido!

Cuéntale al hombre joven y fuerte que te quiera,
que yo también te quise, pero con otro amor;
y estuve de rodillas ante tu primavera,
yo, que en mi orgullo ingenuo, me comparé con Dios.

Di a los que reverencien tu nombre y tu hermosura,
y a los que te prolonguen hasta la eternidad,
que un día ante tu cuna sollozó de ternura
quien no pudo ser grande, pero supo soñar...

Julia Isabel, divina criatura inocente,
brillas en mi sendero con resplandor de altar!
Pon, con albor de lirios, tus manos en mi frente,
y mírame hasta el alma para ser inmortal!

*
* *

Florecimientos del rosal,
en primaveras de pasión,
santa alegría vespéral
para mi viejo corazón.

Dulzor amargo de vivir,
buena tristeza de esperar,
todo lo siento revivir en un recuerdo maternal.

Todo por ti, por la virtud
que, en el amor que me tendrás,
prolongará mi juventud
que, con la vida, se me va!

Que en las tristezas del poniente,
cuando me hunda en la eternidad,
seas la aureola de mi frente
en la suprema claridad...





EL POETA Y EL PERRO



OY pintó Magallanes la tarde entera el cerro;
y en la paz del crepúsculo dialoga con su Perro.
Una melancolía sutil y misteriosa,
tal la noche que llega, lo invadió silenciosa;
y lejos de los hombres, solo con su conciencia,
busca amparo, del perro en la santa inocencia.

—Perro mío, me cansa pintar toda la tarde:
y este azul no es el cielo, y este reflejo no arde.
Tengo en el corazón y en la retina, vivo
todo el paisaje; pero, igual que, cuando escribo,
las palabras no cantan con mi misma emoción,
los colores no vibran con temblor de pasión.

¿No crees tú que debo romper esta paleta
y con ella mi ensueño de pintor y poeta?
Y el Perro: guau, guau!

Magallanes traduce:

«Amo, no te comprendo, pero algo se trasluce
a través de tus ojos húmedos de rocío.
También se pone un velo sobre los ojos míos,
cuando me ordenas que vaya a buscar la pieza
que heriste con el fuego que vuela, y la maleza,
la zarza o los peñascos la esconden de tal suerte
que, a pesar de mis ansias, no logro obedecerte.
Y ya ves, yo te sigo siempre, con el empeño
de hacer la soberana voluntad de mi dueño».

Y el Poeta prosigue: la noche me amenaza.
¿No sientes cómo sube del valle y cómo pasa
callada y suave, y luego se nos entra en la vida,
como un reptil, y muerde en la pena dormida?
¿No la sientes llegar, como una inundación
de todas las angustias, sobre mi corazón?
Y el Perro: guau, guau.

Y el Poeta: ya sé
que me dices: no temas; yo te defenderé.
Y bien sé que podría dormir la noche entera
y que me librarías del hombre y de la fiera,
aunque en ello te fuera la vida; que los astros
verán junto a los míos tus vigilantes rastros
y sabrán que por ti me salvé del abismo.
Pero dime, ¿podrías librarme de mí mismo?

—El valle se sumerge lentamente y se pierde.
Muere el último trino solitario en el verde
rumoroso de un árbol. Se ha encendido una estrella.—
Y Magallanes dice:

Perro, la ves? Es ella;
la misma clara estrella a cuya luz me viste,
como ella solitario, y hasta la muerte, triste.
Perro ¿y esa mujer? Era pálida y rubia.
Tenían, como el cielo, lavado por la lluvia,
purezas virginales sus ojos... Y fué mía...
¿Qué corazón ahora sufrirá la agonía
de su amor? Yo la amé. Yo la amé; pero el hielo
de su carne y de su alma no lo fundió mi anhelo.
¿Conoces el martirio, largo como la vida,
de saber que jamás tu vida irá fundida
con otra, cual dos ríos que unen sus aguas mudas
antes de ir a morir?... ¿Sabes lo que son dudas?
Perro, ¿comprendes esto?

Ahora el Perro aulla,
y en las pupilas húmedas del amo, hunde la suya
melancólicamente; después guarda un silencio
de humildad, pero dice:

«Señor, te reverencio,
mas no logro entenderte; tú buscas lo imposible,
cual si yo pretendiera hollar la inaccesible
nieve de esa montaña.

Cuando la primavera
llega, yo la conozco: se cubre esta ladera
de hierba tierna y dulce; baja el agua cantando
como una niña; el aire, leve, sutil y blando,
me envuelve en una nube de perfume, y yo siento
que alguien me está llamando de lejos en el viento;
y entonces te abandono, cruzo el valle y el río,
corro tras el reclamo del amor, Amo mío;
y así, sin inquietudes, sin celos, ni tristeza,
cumpló con nuestra Santa Madre Naturaleza».

Hay un largo silencio; pero luego el Poeta
pregunta con angustia: ¿De veras no te inquieta,
Perro mío, esta grave cuestión de la existencia?
Yo acaso envidiaría tu sublime inconciencia;
pero entiéndeme bien: amar! dudar! sufrir!
esta es la soberana dignidad de vivir!

Tiembla sobre los cielos el místico lucero;
y al ir desvaneciéndose en la noche el sendero,
como una sombra única, diminuta y extraña,
el Poeta y el Perro descienden la montaña.





ANIVERSARIO



NIVERSARIO! ¡Aniversario!
Eternidad sobre el osario!
Resurrección! Resurrección!
Suenan campanas en mi corazón...

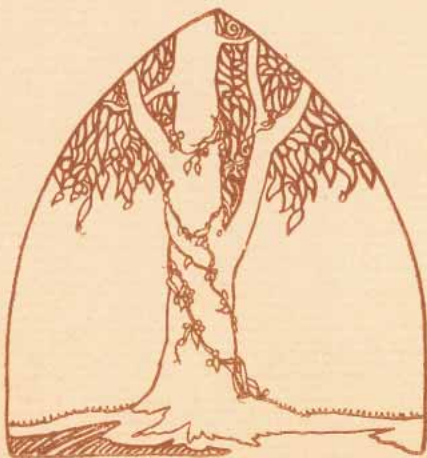
¿Qué saben de la flor?...
Alegro un día y se extinguió en olor.
Qué lejos está el día!
y me perfuma el alma todavía!

Pero tú, sí, lo sabes
—primavera que llega, mañana que despierta—
¿No has oído las aves
que cantan en mi huerta?

Llueve, y en cada gota,
sobre un dolor tiembla una primavera...
el mismo beso que fecunda, agota.
Y así es la vida entera...

Pasar la vida entera en esperar,
y tener un minuto para amar.
Toda la eternidad de la emoción:
Así es mi corazón.

Mi corazón!
Tiene la eternidad: tú se la diste!
—Alegría inefable de ser triste—
Suenan campanas de Resurrección...





LA LUNA ENTRE LOS ÁRBOLES



A luna entre los árboles
 (Un día apareciste en mi camino)
 cierne su luz de nieve.
 (Cuando tus ojos me miraban, era
 como si amaneciera).

Mi corazón siente la luna, y llora.
 Llora la brisa entre estas hojas mustias.
 (¡Quién dirá las angustias
 que se adueñaron de mi corazón!)

La luna tiembla ahora
 en la desolación de la laguna.
 (¿Qué pupilas recogen la emoción
 de tus ojos profundos?)

Hace frío!

¿Cae del cielo, o sube del jardín?...

Todo el mundo fué mío;

pero, ¿qué sombra me borró el camino?

*

* *

La luna entre los árboles se esconde.

(Un día hicimos juntos la jornada)

Me clavan como dardos las estrellas.

(¿Sobre qué labios cantarán tus besos?

Eras bella!

Mañana,

no te podré olvidar!)

La fuente mana

junto a un rosal: el agua es perfumada.

(¿Es que has vuelto a pasar? Siento tu aliento).

Oigo caer las rosas deshojadas.

Un día hicimos juntos el camino.

La luna se murió!

—Ya todo es nada!



Esperanza



NA buena ilusión ha sonreído
como un recuerdo

(Mira

la luna en el cerezo florecido)
sobre mi viejo corazón dormido.

Sobre el viejo cerezo se derrama
candor de nieve, casto y perfumado
(Tiembla mi corazón como una llama)
y el cerezo de estrellas se ha cuajado.

Viejo cerezo mío,
Primavera
te ha venido a besar, y has florecido!
Y tú, mi corazón,
florececerás?





MI AMOR ES TODO SUAVIDAD



I amor es todo suavidad.
 Mi poesía abreva en él,
 como en un cáliz de piedad;
 mi vida vive de su miel.
 Mi amor es todo suavidad.

Mi corazón, ebrio de azul,
 para tu amor fué templo y ara;
 sobre tu vida puso el tul
 de una ilusión; y así te amara
 mi corazón, ebrio de azul.

Para llevarte por la vida,
yo, entre mis brazos, te cogiera;
yo convirtiera mi honda herida
en rosas de tu primavera,
para llevarte por la vida.

Y aunque tuviera que morir,
para que encuentre tu destino
el grande amor de tu vivir,
yo le haré blandos los caminos,
aunque tuviera que morir!





CANSANCIO



QUIEN pudiera dormirse, como se duerme un niño;
sonreírle al ensueño del goce y el dolor,
y soñar con amigos y soñar el cariño,
y hundirse, poco a poco, en un sueño mayor.

Y cruzar por la vida sonambulescamente,
los ojos muy abiertos sobre un mundo interior,
con los labios sellados, mudos eternamente,
atento sólo al ritmo del propio corazón...

Y pasar por la vida sin dejar una huella...
Ser el pobre arroyuelo que se evapora al sol...
Y perderse una noche, como muere una estrella
que ardió millares de años, y que nadie la vió.



OLVIDO



VISION que se perdió en la lejanía,
te velan ya las sombras del olvido:
mi corazón ha visto cómo has ido,
lentamente, muriendo con el día.

Yo te quisiera ver. ¡Quisiera verte!
Pero tu rostro se ha desvanecido:
y hasta mi pensamiento ha descendido
una noche más larga que la muerte.

Yo tenía la vida para amarte...

¡Y en el cuál aurora volveré a encontrarte!



DESOLACIÓN



TENGO mi corazón blanco de luna;
y sin embargo, todo ha naufragado
en el mar de una noche sin ninguna
claridad.

En el silencio inmóvil flota una
voz de mensaje, trémulo y florido,
y llega en un perfume, no olvidado,
sobre mi corazón estremecido.

Mira mi corazón! Es como un prado,
dormido en la blancura de la nieve,
que espera, como un místico llamado,
tu voz.

¡La Primavera!

Ya ha llegado!
Ya por todos los prados ha pasado
con vuelo azul, la golondrina leve.
Sólo en mi corazón no se ha posado!



ELEGÍA CIVIL

LLOREMOS, hijo mío, y no nos consolemos jamás!
 Toda la noche, toda el alba y el día
 se cubran de este velo de lágrimas.
 ¡Se obscureció la vida!

Lloremos en silencio: que la madre no sepa...
 ¡Cómo en su corazón se abrirán siete heridas,
 cuando mire los campos sedientos; el rebaño
 devorado de lobos; y el noble hogar en ruinas!

Hijo mío, cien años laboró surco a surco.
 Sangre del corazón fecundó la semilla.
 Viento de tempestad abatió en un momento
 la humildad del sembrado y el honor de la encina!

Que la madre no sepa! Salgamos en silencio
 por los cuatro horizontes, y tú me guiarás;
 y cuando hayan venido tus cien hermanos buenos,
 sólo entonces habremos dejado de llorar.

Tú que eres niño busca, con tus ojos sin mancha,
en esta noche inmensa una estrella de paz,
díme si entre los resplandores rojizos de los montes
la blancura del alba no comienza a flotar.

Díme si tus oídos, que no saben de engaños,
oyen de tus hermanos el suave caminar,
si tus manos intactas encontraron sus manos,
y si todos llegaron al materno solar.

Pacían los ganados sobre sus cordilleras,
y en manso caminar hasta la mar venían;
pero malos pastores corrompieron las fuentes
y enturbiaron la vida.

Cien años, hijo mío, levantó su palacio
hacia el cielo infinito, junto a la mar bravía!
Pero qué aguas de muerte bañaron los cimientos
que vientos humillaron sus almenas erguidas!

Lloremos, hijo mío y no nos consolemos
jamás.





LA MAESTRA



E aquí la tierra prometida;
 hé aquí la gloria de la vida;
 la victoria sin combatir.
 Hé aquí el alba que no muere;
 hé aquí el estío que no hiere;
 la paz heroica del vivir.

Es la montaña espiritual
 en fuego todo el corazón;
 es la alta cumbre consagrada,
 bajo la nieve no tocada,
 vestida de luna y de sol.
 Madre del río y del torrente,
 atalaya sobre la mar;
 que se está dando eternamente,
 inagotable y siempre igual.

Hé aquí los valles encendidos,
en el alba de su corazón;
hé aquí los follajes floridos,
hé aquí en los valles escondidos,
el trino alegre de los nidos,
y la emoción de la canción.

Hé aquí la tierra áspera y dura,
que se hace suave y maternal;
hé aquí la mies que madura
por la piedad del manantial;
la mano hambrienta que recoge
bajo la enorme luz del sol;
y en la abundancia de la troje
el fuego de su corazón.

Hé aquí la ciudad sonora
en su febril actividad,
corazón de titán que llora
y no se quiere consolar;
y el perfil de chimenea
y el humo lento que se va,
fatigado como una idea
que no logramos realizar;
y el palacio, todo belleza,
gentil como una mujer,
y el suburbio, todo tristeza,
y la fatiga del taller;

En los tumultos de las gentes,
en la lucha sin compasión,
puso una luz bajo las frentes
la hoguera de su corazón.

Hé aquí los mares infinitos,
abiertos a todos los vientos;
y los fantasmas de granito
sobre los golfos soñolientos;
la nave en que va ilusión,
la vela que tiembla en el mar,
la playa dormida en su paz...
y alta, en la inmensidad,
la estrella de su corazón.

Es la montaña espiritual,
en fuego todo el corazón;
es la alta cumbre consagrada,
bajo la nieve no tocada,
vestida de lona y de sol
Madre del río y del torrente,
atalaya sobre la mar;
que se está dando eternamente,
inagotable y siempre igual.

Señora, hé aquí la ofrenda que ha venido a traeros
mi trémula canción de maestro y trovero.



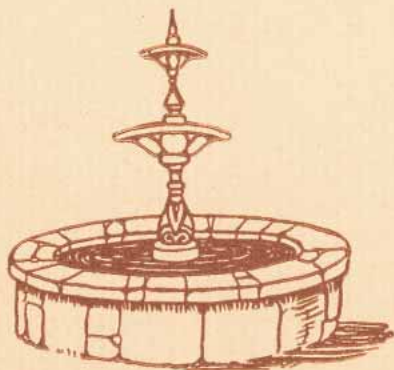


(PÓSTUMA)

STOY de cara al cielo
 Mi cuerpo yace vencido sobre el suelo
 Quiero darme,
 al clamor de la fuente,
 a la luz que se cierne entre los árboles,
 al rumor de las hojas;
 pero, entre el mundo y yo,
 se interponen los espectros humanos.

Mientras que viva lleno de recuerdos
 de los demás,
 nunca podré olvidarme de mí mismo,
 y ser como lo quiero,
 el torrente que brama,
 la dulce fuente inmóvil,
 la quietud sin pensar.....

Darme con todos los sentidos,
coger el mundo con todos los sentidos,
pero no más dolor:
no pensar, no pensar.





**CARLOS
MONDACA**

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL
CHILE